

Año XXXI.

Madrid, Jueves 19 de Enero de 1911.

Núm. 3



Barriga llena, á Dios alaba.

Ayuntamiento de Madrid

HABLANDO SOLO

Conforme con Azcárate

Cuando Soriano pidió en el Congreso el procesamiento de los concejales blasquistas de Valencia, el Sr. Azcárate le dijo, entre otras cosas:

«Yo no creo, en primer lugar, que entre los delitos castigados en el Código sea el robo el más grave. Creo, por ejemplo, que es más grave la calumnia; y hay actos inmorales que no están castigados en el Código penal, que me repugnan más que otros que llevan á las gentes á presidio. Por eso entiendo que la moralidad no se puede limitar de esa manera tan estricta.

«Por eso no sólo cuando se trata de la vida de la Administración, sino cuando se trata de la vida interna del partido, estima mucho este partido y esta minoría esas razones de moralidad; pero en esto, como he dicho antes, hay que ir con mucho cuidado, con mucho tiento, con mucho respeto á las gentes, porque repito que, para mí, no hay cosa más repugnante que ser ligero en esto de matar honras.»

Yo estuve conforme con esas declaraciones. Y por esto no puedo aplaudir las que ha emitido ahora el Sr. Azcárate en el Congreso, pues sigo creyendo, como él entonces, que, efectivamente, *nada más repugnante que ser ligero en esto de matar honras.*

Otra cosa sería si se hubiese cuidado de añadir á la frase esta coletilla:

«... A menos que no sea yo quien lo haga.»

En confianza

Como se habrá observado, en la cuestión que ahora se ventila en el republicanismo, no defiendo á nadie. Parece una paradoja, pero en política se puede llegar más fácilmente á la injusticia por el camino del elogio, que por el de la censura.

Yo ataco sólo á los que, poniendo su personalidad (ellos le llaman conciencia) sobre los intereses de la colectividad republicana, han anulado por algún tiempo, tal vez por mucho, la acción que se habían comprometido á realizar, y que era nada menos que implantar la República en España para que la monarquía no acabe de arruinarla y degradarla.

Pero vamos á suponer que al atacar á Azcárate é Iglesias faito yo á la justicia, y que ellos la sirvieron bien al dar su opinión en el Congreso acerca de los asuntos municipales de Barcelona, para preguntarles:

«Tienen ustedes la seguridad de que siempre, y en todos los actos de su vida política, han dicho lo que pensaban, sin

atender jamás á conveniencias de partido ó intereses de la colectividad que representaban ó dirigían?

¿No han cerrado alguna vez los ojos ante hechos censurables demostrados, por no causar un perjuicio mayor al divulgarlos?

¿Pues por qué no lo han hecho ahora, por lo menos hasta enterarse bien de lo que ocurría?

Todo lo que sea sacar el asunto de este terreno, es tratar de oscurecerlo ó embrollarlo, demostrar que se carece de razones para defenderlo, y que por esto se apela al sofisma, como el mal cómico á las caídas de latiguillo.

UN RECUERDO

Creo que algunos recordarán este hecho.

A pesar de que el Sr. Azcárate se negó a concurrir á la manifestación celebrada en el Prado para protestar contra la inmoralidad de los conservadores, sus electores de León se adherieron á ella.

Inmediatamente el Sr. Azcárate anunció que iba á presentar la renuncia del acta.

Saberlo los conservadores y correr Maura y Dato desolados á suplicarle que no lo hiciera, fué todo uno. Pero nada consiguieron. El Sr. Azcárate se mantuvo inflexible.

¿Se concibe que, si lo hubieran creído un peligro, ó un obstáculo siquiera, habrían ido nada menos que el jefe del gobierno y el presidente del Congreso á suplicarle que no renunciase el acta? Lo dejó á la consideración de los que saben que la política no tiene entrañas.

Y pienso en la situación embarazosa de esos señores si el rey les hubiera preguntado: «¿Cómo! ¿En lugar de hacer que se vayan del Congreso los enemigos de la monarquía, les ruegan ustedes que se queden?»

Afortunadamente para ellos, el señor Azcárate volvió al mes á ser elegido por el mismo distrito, al que ha seguido representando en elecciones sucesivas, y así ha podido ahora prestarles el gran servicio de poner en entredicho la moralidad de algunos republicanos y deshacer la Conjunción en vísperas de discutirse el proceso de Ferrer.

Claro es que no lo habrá hecho por servirles, sino por satisfacer necesidades apremiantes é inevitables de su conciencia; pero el resultado ha sido ese: que los ha servido.

Por cierto que entonces publiqué el artículo que á continuación reproduzco, para que se vea que á veces resulto profeta por carambola.

Coloquio figurado

Azcárate ha vuelto á salir diputado por seiscientos y pico de votos en León.

Otras veces ha sacado el doble, ó sólo de republicanos.

Si esa su escrupulosa conciencia, de que tanto alardea, quisiera ahora aconsejarle un acto verdaderamente honroso, he aquí lo que debía decirle:

«No aceptes el acta. Tú sabes bien que entre esos electores hay muchos monárquicos. Y como seguramente seguirás pasando por republicano, me vas á poner en un compromiso, y vamos á tener muchos disgustos.»

Aunque probablemente, si así le hablara su conciencia, Azcárate le contestaría:

«Cállate y no seas boba. Lo que podría inquietarte, sería el temor á que me decaras monárquico, mas te juro que no lo haré. ¿Para qué, si toco todas las ventajas del que gobierna, sin alcanzarme ninguna de sus responsabilidades? El día que dejara de ser ostensiblemente republicano, me birlarían en cualquier revuelo mi inamovible é irresponsable ministerio de Reformas Sociales, porque ya entonces no podría prestar á la situación los servicios que hoy le presto. Un monárquico más les sería de poco provecho. Mientras que continuando con el alias republicano, reforzado con los de sabio, sensato, exímio, integérrimo y ¡admirate! hasta elocuente, puedo servirles para mucho. Así, no te me vengas con exigencias ridículas, ni escrúpulos de monja. Yo te sirvo dándote fama de puntillosa é intransigente; sírveme tú haciéndote la distraída, y de este modo nadie dudará que marchamos perfectamente de acuerdo. Lo que me dices acerca de los votos, es cierto; muchos monárquicos me los han dado. ¿Pero te enteras ahora de que siempre ha ocurrido lo mismo? Ya sabes que los gobiernos nunca me ponen candidatos enfrente.»

Y al decirle esto el Sr. Azcárate, su conciencia no tendría otro remedio que bajar la cabeza, y contestarle:

«Tienes razón. Me has convencido. Continuaremos de acuerdo como hasta aquí.»

De tira y afloja

Yo no soy tan intransigente que vaya á negar la posibilidad de que haya entre nosotros hombres tan rígidos, que no transijan con que caiga sobre un correligionario ni la sombra de una sospecha, ni quiero censurar á ninguno que lo haga, siempre que, como antes he dicho, sea en él práctica constante.

Pero si resulta que ese hombre ha transigido, y pactado de nuevo, y fraternizado con aquellos de quienes dudó un día, ¿qué derecho tiene á formular después nuevos juicios desfavorables sin comprobarlos concienzudamente?

Y este es el caso de ahora.

El Sr. Lerroux fué acusado públicamente en una Asamblea republicana y se defendió de los cargos que se le im-

putaban; que el Sr. Azcárate quedó convencido de su inculpabilidad, no hay para qué decirlo; le ofendería quien lo dudara; ¿cómo, de no haber sido así, habría consentido después en aliarse con Lerroux para nada?

Luego el Sr. Azcárate sabe que no debe juzgarse á nadie ligeramente, y menos á un hombre de quien él dudó por un momento, y al que rehabilitó moralmente después.

Pero vamos á suponer que el Sr. Azcárate no quedara realmente convencido entonces de la inculpabilidad de Lerroux, y que se unió á él más tarde por altas consideraciones de patriotismo.

Luego el Sr. Azcárate sabe que hay algo superior á la conciencia individual, demostrándolo con ese ejemplo.

Lo cual nos lleva á esta conclusión:

La suya, como la de cada ciudadano, es una conciencia de tira y afloja: cuando le conviene presentarla en toda su erección sublime, tira; y cuando no, afloja.

Pero lo más censurable en él, y en todos los que como él obran, no es esto, sino hacerla servir á la exaltación propia, ó á la conveniencia personal.

Y hasta airearla demasiado.

No se explica

Concedamos que el Sr. Azcárate posea realmente todas las cualidades que algunos le atribuyen: talento, ilustración, seriedad, honradez, conciencia recta; no le escatimemos ningún mérito ni le regateemos ninguna virtud; reconozcamos rectitud en los móviles que determinan todas sus acciones, para preguntarnos luego: «Bien; pero todo eso, ¿á quién ha aprovechado siempre?»

Y se nos impondrá forzosamente esta respuesta:

«A él, y á los monárquicos. A los republicanos, no. A la idea revolucionaria, menos.»

Renunciar al acta de diputado por no querer atacar la inmoralidad conservadora, y conservarla después de haber introducido en los republicanos esta confusión espantosa, es algo que no se explican los que no aprovechan la ocasión para hacer en los mítins y en la prensa alardes de honradez.

Conducta invariable

¿Que por qué callo ante el espectáculo que están dando *El Radical* y *España Nueva*, mejor dicho, Lerroux y Soriano?

—Por no contradecir mi costumbre en estos casos: aparte la carta amistosa que escribí á Soriano y Blasco cuando comenzaron sus cuestiones en Valencia, rogándoles que se avinieran, en nada de lo que ocurrió después intervine.

—¿Pero no lamenta usted lo que hacen?

—Más de lo que puede creerse. Uno y otro han batallado contra la monarquía denodadamente, y yo aprecio á todo el que hace esto, aunque alguna vez crea que se equivoca. Sin Soriano, los conservadores no se hubieran visto perturbados constantemente en el Congreso. Sin Lerroux, la Solidaridad hubiera triunfado en Cataluña.

—¿De manera que si pudiera usted hacer que esa lucha cesara?...

—Acabaría hoy mismo, aunque me exigieran que callase yo también. Y eso que tengo que decir algo.

—Bien; pero la discusión...

—Yo no quiero discutir ahora con ningún republicano, sino presentar mis puntos de vista en aquellas cuestiones de importancia que afecten al partido. Ni aun quiero tampoco darle la razón á éste ó á aquél, ni ponerme de parte de aquél ó de éste. Pudiera ocurrirme lo que á todo el que se interpone entre un matrimonio cuando está recibiendo bofetadas la mujer: que se une ella inmediatamente al que le pega, para agredir al que trató de defenderla. Y esto seguramente me sucedería, si no por el momento, en cuanto se acercasen unas elecciones, que es cuando soplan siempre sobre el partido corrientes huracanadas de unión, fraternidad y hasta de revolución.

Ya sé yo que mi situación sería difícil hoy, si no fuese la que siempre tuve: de independencia absoluta. Ni con los unos ni con los otros: conmigo. Por esto he puesto á esta sección el título apropiado: **HABLANDO SÓLO.**

No trato de convencer á nadie, ni de arrastrar á nadie, sino de que el partido republicano sepa en esta ocasión cómo pienso, sin ulteriores consecuencias de grupo, partidito, acta, ni presidencia de ninguna clase. Jamás pensé en nada de esto, para que vaya á pensar hoy. ¡A buena hora mangas verdes!

Posturas trágicas

Yo creo que muchas de las cosas lamentables que ocurren entre nosotros, es porque nos quedan algunos resabios de la antigua manera de hacer política; mejor dicho, porque no hacemos política, y además le hablamos al pueblo en el tono altisonante, con sus puntas y ribetes de tremebundo, que empleaban nuestros honorables abuelos.

Aquí hemos hecho siempre propaganda trágica, no razonable. Comprendo que al pueblo hay que entusiasmarle en primer término, no convencerle; pero antójasele que exageramos la nota un poquito.

En último caso, quizás á lo del Congreso le estemos dando unas proporciones que no merezca.

¿Quién nos asegura que los señores á quienes censuramos no obraron de aquel modo por creerse en un escenario de la Atenas histórica ejerciendo de héroes ó de dioses y adoptaron la pos-

tura y el tono de los protagonistas de las tragedias de Esquilo?

La costumbre ejerce funciones de segunda naturaleza, y el papel que cada hombre escoge en la vida le hace comer una porción de tonterías, por el temor de que alguien diga que no está constantemente dentro de él.

Lo mejor para todos

¿Que me ensaño demasiado con el Sr. Azcárate?

Cierto es; lo reconozco. Y diré más: hay momentos en que me duele hacerlo.

Pero existe para mí una consideración superior á todas, que me obliga á combatirle en varias formas y en varios estilos: la de que se nos impone el deber de inutilizarle completamente para la política republicana, donde nunca estuvo en su centro, y por esto la perturbó ó la contrarió siempre.

Nada más equívoco que una vocación torcida, y el Sr. Azcárate no tuvo nunca la de republicano. Y es triste para un hombre como él verse colocado en una situación donde no puede satisfacer sus gustos ni desarrollar sus aptitudes, como es para nosotros muy duro el desconfiar de sus intenciones y censurar sus actos, por no haber habido jamás entre nosotros y él verdadera compenetración.

Aproveche, por lo tanto, la ocasión para irse á la monarquía, donde le recibirán con los brazos abiertos, y desde donde acaso pueda prestar algún servicio empujándola hacia la democracia; pero deje ya por favor de perturbarnos y dividirnos.

Por mi parte, le prometo no ocuparme más de él si lo hace, á menos que no realice algún acto merecedor de elogio; como no he vuelto á estampar en *El Motin* el nombre del Sr. Morote desde que defendió á los conservadores, también por impulsos de su conciencia, en el asunto de la Escuadra, defensa que lo puso en condiciones de ser nombrado, como dicen que va á serlo un día de estos, Director en no sé cuál ministerio; acto que por cierto disculpó y aplaudió el Sr. Azcárate.

Sospecho que, no obstante las razones apuntadas, el Sr. Azcárate permanecerá entre nosotros; las conciencias rectas prescinden comúnmente de la lógica.

Y esto ¡ay! sería una desgracia para nosotros y para él; para nosotros, porque nos veríamos obligados á seguir combatiéndole; para él, porque se priva de aspirar á pleno pulmón en sus años últimos el ambiente de moralidad que envuelve á la monarquía, y de acabar su vida política entre los honrados que han deshonrado á España, amén de arruinarla y envilecerla.

Y un morir bello honra toda una vida, que dijo el poeta.

A Nicolás Estévanez

Querido amigo:

Leo en *La Bandera Federal* una carta de usted, que termina con este párrafo:

«El periódico me parece bien; lo que encuentro mal es que diga eso de que nos oponemos á la subida de Maura. ¡Qué hemos de oponernos! Al paso que vamos, subirá Maura, subirá Cierva y llegaremos á ver un ministerio de obispos. El día que suba Maura quedarán en ridículo todos los socialistas y republicanos, por culpa de los que han dicho que «no lo permitiremos». Bien podríamos impedirlo si nos preparásemos para la obra; desgraciadamente malgastamos nuestras pocas energías en combatirnos los unos á los otros, con lo cual no estorbamos la vuelta al Poder de aquellos personajes, sino que la facilitamos, la precipitamos.»

Probablemente cuando usted escribió esa carta, estaría yo garrapateando el artículo que salió en el número anterior, titulado: *Ya puede volver Maura*. Lo digo, para dejar sentado que seguimos pensando a unisono casi en todo.

¡Ya lo creo que volverá Maura, y que no pasará nada de extraordinario! Y yo me alegraré de que así sea. Sería un crimen excitar al Pueblo á que hiciese *algo*, no teniendo preparado *mucho*, para que resultase *todo*. Porque aquí sí que encaja lo de, *ó todo ó nada*.

Pero ¿cuáles yo me equivoque, y ocurra esto de extraordinario, si vuelve Maura: que no se tome ni la molestia de perseguirnos, porque no le da precio. La conducta que seguimos no inspira otra cosa que el desprecio.

Pero vamos al grano; que no he tomado la pluma para decirle á usted esto precisamente, sino para confiarle un secreto, que leuego me guardo, aun en el caso probable de que mañana vinamos; y digo probable, ya que hoy ningún republicano puede decir de otro: «con éste no reñiré».

Mi secreto es el siguiente: que voy perdiendo la brújula en la política republicana.

Oigo decir á hombres de buen sentido que la Conjunción está hoy más potente que nunca y que va á traer la República en plazo breve.

Otros me aseguran que quien va á traerla, es el partido radical.

Y el 11 de Febrero va á celebrarse una Asamblea de Unión republicana en Madrid, con idéntico propósito.

Y, finalmente, amigo Estévanez, no sé á qué carta quedarme, ni hacia dónde inclinarme, ni qué decidir, si bien sospecho que acaso pueda ocurrirme lo que al señor Buidham, que se murió de hambre entre dos pensamientos.

Como que no debería preocuparme de quién la trajera, con tal de que viniese; pero como he dedicado mi vida á llevar á la obra granitos de arena, me

molesta un poco la idea de no saber dónde echar el último.

Si usted me lo indica, yo le quedaría muy agradecido. Y, hágalo ó no, siga contando con la amistad sincera de este cofrade en la Hermandad de Mausolén, que se llama

JOSÉ NAKENS

Postdata. Cuando vea usted al sin par Bonafoux, salúdalo en mi nombre.

Lo que hacen los otros

España entera sabe que en los veinte años primeros de la restauración, muchos de sus partidarios apenas si se dedicaron á otra cosa que á robar. Luego, bien fuere por la ley física que impide á las sanguijuelas chupar más sangre cuando están hartas, bien por que no hubiera ya donde satisfacer sin riesgo sus instintos, el caso es que sólo han hecho negocios en gordo, pero cuidando siempre de envolverlos lo más decentemente posible en el manto de la legalidad.

Pues bien; no se ha dado el caso de que, ni en sus luchas de partido, ni aún en las personales, se arrojen al rostro esas... (regulidades les llamaban ellos). Y no llevemos el apasionamiento hasta negar que entre los monárquicos hay también hombres honrados y de conciencia escrupulosa.

Nosotros, en cambio, nos apresuramos á hacer público el más leve rumor que se esparce sobre la moralidad de cualquiera, sin tomarnos siquiera la molestia de comprobar si es cierto.

No negaré que, perteneciendo á un partido que aspira á regenerar el país en todos sentidos, estamos obligados á ser más morales que los monárquicos; pero á la vez creo que deberíamos arreglarlo en familia, llegando, si preciso fuere, hasta la expulsión de los individuos que hubieren faltado á la moralidad, pero sin dar armas á los contrarios.

¡Y tener que callar!

Cada vez que leo en un periódico monárquico juicios ó apreciaciones duras contra los republicanos, cojo la pluma con el mismo coraje que empuñaría un arma al verme abofeteado, y voy á expresar la indignación que siento, se interrumpe esta frase entre la pluma y el papel: «¡Pero si tienen razón!»

Y desde que el Sr. Azcárate satisfizo en el Congreso los escrúpulos de su conciencia, sin importarle nada de que en el partido republicano se desistiesen los vientos de la discordia, que soplan cada día más fuertes, aquella frase se ha interpuerto muchísimas veces entre el papel y mi pluma.

Recordando con alegría aquellos tiempos en que los monárquicos no podían devolvernos, como hoy, muchas de las peotas que tirábamos á su tejado.

De sentido común

Yo no creí, y por eso no lo he dicho, que los Sres. Azcárate é Iglesias se pusieran previamente de acuerdo con Maura y La Cierva para hacer lo que hicieran; pero que resultó á beneficio de estos señores la función, esto es indudable.

Podrán disculparse con aquella frase tan hermosa: «haz lo que de es y resuete lo que quiera»; pero ¡ay! que aquí asoma la duda: ¿qué es lo que debe hacerse?»

El primer deber de todo hombre político es pensar en su partido más que en sí propio.

Como para el soldado el primer deber es pelear bajo su bandera, aun cuando como ciudadano crea injusta la agresión que realiza.

Con una desventaja para el soldado; que se deshonraría si estando empeñada la acción solicitara retirarse, mientras el político puede hacerlo en todo momento.

Y respecto á lo de las feroces intangencias en punto á moralidad ¿qué decir? Que hay que andarse con mucho tiento, para no pecar de ligero, como dijo antaño el Sr. Azcárate. Y pensar además en que los correligionarios no se eligen, se aceptan; al revés que los amigos; y hay que ser un poco tolerantes con las deficiencias que en ellos podamos notar, sobre todo, cuando se guardan en esto tantas consideraciones á los enemigos.

Por otra parte, á la política militante no suelen afiliarse precisamente todos los que piensan más adelante solicitar por instancia que se les concedan premios de virtud, ni los que encaminan todos sus actos á agenciarse la bienaventuranza eterna.

Esto, claro, no es disculpar á los que cometen inmoralidades, quitando consideración al partido, por más que hemos convenido en que las faltas son personales. Pero es ponerse dentro de la realidad, que no siempre se compadece con la ética.

Más aún.

Sería de desear que todos los correligionarios fueran igualmente ilustrados, tuvieran el mismo nivel moral, iguales delicadezas, hasta idénticos gustos; pero, como esto no es posible, hay que aceptarlos como son.

A ningún hombre se le obliga por fuerza á ingresar en partido determinado; cada cual elige el que prefiere, ó el que le conviene, que también se dan casos de éstos.

Pero una vez dentro, y mientras permanezca en él, se le impone, so pena de pasar por un mentecato, cierta ductilidad de carácter, cierta benevolencia de juicio, que no le haga aparecer constantemente en pugna con las costumbres, los defectos, y en ocasiones, hasta las faltas de sus correligionarios.

Y esto es lo que les viene ocurriendo en el republicanismo á ciertos señores

que, por tener más ilustración que la mayoría de sus correligionarios se enfatan de tal manera, que el aristócrata más linajudo no trata con más desdén á su servidumbre.

El Pueblo es para ellos consciente cuando los apaudea ó los vota, y lo contrario cuando los censura; y esto no es juzgarlo á conciencia ni tratarlo con justicia.

Fuertes humanas.

Las ideas que ahora emito sobre la manera de entender yo la moralidad y la honradez en política, son las mismas que sostuve siempre. Y para demostrarlo, ahí va el artículo que publiqué en EL MOTIN del 2 de Enero de 1897:

“LA HONRADEZ

Oigo hablar de honradez entre nosotros, cual si la honradez fuese una cualidad y no un deber en el individuo.

Los que tal división establecen, olvidan que esa palabra tiene escaso crédito en política desde que se propusieron á llamarse *honrados* aquellos cobardes vecinos que en Madrid se armaron en 1873 para defenderse de los infelices republicanos que con nadie se metieron (falta imperdonable), y desde que en pleno Congreso se aplicó el calificativo de *honrados* á las masas de asesinos ó incendiarios de Cuenca y otros puntos.

Mas rindiendo á la honradez cuantos homenajes y respetos merece, ¿quiere decirseme á qué viene hablar de ella? Así como al militar que nunca tuvo ocasión de batirse se le supone el valor, así la honradez, mientras no se demuestre lo contrario, debe suponerse á todo ciudadano. Y conste que no quiero entrar en disquisiciones para probar que quienes hacen una profesión de la honradez, suelen no conocerla.

Y diré más: aun cuando fuera posible determinar de antemano los que son honrados y los que no, maldito lo que adelantariamos. Por el solo hecho de ser honrados, no sirven los hombres para gobernar; si así fuese, aún estaríamos en República. Todos los hombres del 73 fueron honrados.

«No confundamos los términos. Lo que la patria necesita no es una República de *honrados*, sino una República *honrada*. ¿Que un individuo falta en ella á su deber? ¿Y qué, haciendo los demás que la ley se cumpla y la justicia triunfe? ¡Pues apenas hay en España cárceles y presidios donde archivar al que delinca!

Y para que la República pueda ser honrada, lo primero que necesita son hombres capaces, resueltos, que sientan la moralidad y la honradez á altas dosis; de amplio espíritu, elevado pensamiento y mirada que abarque el conjunto; hombres de Estado, en fin, que no se detengan ante ningún obstáculo para sacar incólume de todos los peligros y enaltecer por todos los medios la forma de gobierno encomendada á su talento, su pericia ó su carácter.

Para servir á la patria y merecer un puesto en la historia, la honradez, á la manera que la entienden algunos, significa bien poco. En el sentido estricto de la palabra, fueron honrados César,

el Cid, Carlos I, Mirabeau, Danton, Napoleón, y tantos otros que aclamamos por héroes y por grandes hombres. Y no obstante, sirvieron á la causa de la civilización mucho más que las piaras de honrados que han pastado en el planeta.

Callen, pues, los que establecen esa nueva división entre nosotros; primero: por ser imposible lograrlo. Segundo: por no cometer injusticias, dado que muchos de los honrados por patrón, ó con arreglo á ley, suelen no serlo; todo el que roba en el peso ó la medida, el que abusa del cliente, el que se aprovecha de la necesidad ajena pasan por honrados, y, sin embargo, merecen el presidio. Y tercero: por lo que ya he dicho: porque una República de *honrados* pudiera ser una calamidad terrible; lo contrario que una república *honrada*.

Al que paga los vidrios rotos

¿Cuándo empuñas airado la escoba y nos barres á todos los que venimos engañándote, unos de buena fe, otros por elevarnos, otros por mediar? ¿Hasta dónde llega tu paciencia? Voy creyendo que no hay en la creación mas que dos seres infinitos; Dios y tú: mejor dicho, su ira y tu pacencia.

¡Porque vaya si la tienes grande, Pueblo mansueto!

Mientras nosotros nos destruimos arrojándonos mutuamente á la cabeza las palabras *conciencia, escrúpulos, moralidad, inmoralidad, honra, deshonor*, y otras equívocas, tú sufres los atropellos del cacique, tú no comes, tú vas desnudo, tú emigras...

Nuestros gritos de ira ahogan los tuyos de angustia; nuestras divisiones te quitan toda esperanza; y pudiendo decirnos: «Todos sois caballeros, concienzudos, honrados, pero la República no parece»; ó repetir aquello otro del emperador á sus médicos: «vosot os discutís y yo me muero», ó callas, ó te contentas con formular débiles protestas, en vez de decirnos á todos, pero á todos, empuñando valientemente la escoba:

«O callais de una vez y trabajáis de verdad para hacer lo que tantas veces me habéis ofrecido, ó muevo el brazo y vais á la alcantarilla; los honrados, los inmorales, los impecables, los que pecan; todos, en fin... Basta ya de burlas y de engaños; y de eximios y de integerrimos; y de senatos y de valientes»...

Aunque no; ni siquiera tienes que tomar el trabajo de empuñar la escoba ni decirnos eso. Basta con que nos amenaces con no concedernos tu voto cuando te lo pidamos, ni para diputados, ni para concejales, ni para jefaturas, ni para nada, en fin. Y verás cómo nos amansamos, nos unimos y trabajamos por tí; ó, por lo menos, dejamos vacantes los puestos que nos has dado, para que puedas elegir hombres nuevos que acaso podrán engañarte también, pero que no lo sabes todavía.

JOSÉ NAKENS

HECHOS

Con el jornal de un día el obrero industrial puede comprar:

En Inglaterra.....	18 437 kgs. de pan.
En Alemania.....	14 285 » »
En Francia.....	14 000 » »
En España.....	8,125 » »

Y el obrero agricultor:

En Inglaterra.....	9 000 kgs. de pan.
En Alemania.....	8 428 » »
En Francia.....	8,370 » »
En España.....	5,295 » »

Llevamos un año de gobierno liberal y democrático; el pueblo envió al parlamento ilustrados, elocuentes y abnegados representantes suyos; en el orden de la vida material se han acrecentado los impuestos en forma que recaerán inmediatamente sobre los que trabajan, sobre los que viven de un salario, no sobre la riqueza ociosa ni sobre las cosas de mera superfluidad.

En Francia, en Italia, los elementos populares se mueven y trabajan porque la vida encareció en forma que á nosotros, lejos de aterrarnos, nos causa envidia; en España, cosas, á lo que parece, de mis subterfugios, no nos dejan entrar en este asunto.

Muere de hambre la gente; crece la emigración hasta convertirse en huida; pululan en los grandes núcleos muchas legiones de obreros sin trabajo; arrojan los campos á las ciudades multitudes famélicas; descubrense horrores un día madrileño; y el único remedio de tan mal, es el apazamiento hasta Junio ó Julio del proben de los consumos, que aun resuelto en el sentido de su desaparición con substitutivos que no lleguen ni puedan llegar al jornal, será—según fase va dicha—un vejigatorio en una pierna de palo.

Señores gobernantes liberales y demócratas, señores políticos populares: es posible que sean ustedes dechado de buena voluntad, de abnegación, de celo; es seguro que estos males horribles, insuperables, insuperables ya, les laceran á ustedes el alma; pero es verdad evidente que proceden ustedes como si no los conocieran, ó cual si en el puesto de la noble viscera donde hemos convenido en colocar el sentimiento, tuvieran ustedes una pitufi que sólo sirviese para realizar funciones fisiológicas.

Si al árbol se le conoce por el fruto, hay que declarar que en este desdichadísimo rincón de Europa, desde el primer gobernar te al último, al más insignificante político, han fracasado vergonzosamente, no sirviendo la acción de todos y de cada uno sino para hundir más y más al pueblo en la abyección y en la miseria más horrible.

¿Hasta cuando estaremos sin ver un rayo de sol, sin conocer una voluntad

enérgica é ilustrada, un espíritu sensible en las cumbres del poder ó en los partidos que á él aspiran?

J. J. MORATO

Las Dominicales

Ha reaparecido este gran Semanario librepensador, como *Organo de la Federación internacional de Librepensadores en España, Portugal y América*, dirigido, ó, mejor dicho, escrito casi todo por el ilustradísimo, infatigable y célebre propagandista Fernando Lozano (*Demófilo*).

Bien venido sea á continuar la obra admirable que hace tantos años comenzó en pro de la *redención humana y de la justicia social*, como dijo Lozano en un hermoso artículo fechado en Lisboa en 12 de Abril de 1910, y que reproduce en el primer número que ha publicado ahora.

Le deseo toda la suerte que merece.

Sevillanas

«Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la ouera, la cuerda al palo. daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza...»

CERVANTES

1.ª parte del *Quijote*.

La idea de traer á colación el párrafo que dojo copiado, me la sugiere el hecho de ver la marimorena en que estos días andan enfrascados la mayoría de los que se titulan republicanos en España.

Porque, así como el arriero daba á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él y el ventero á la moza, así en esta misma venteril forma, da Azcárate á Lerroux, Lerroux á Soriano, éste á los radicales, los radicales á la Conjunción, ésta vomita metralla contra aquéllos, aquéllos contra los otros, los otros... Pero, ¿á qué seguir? Me voy á hacer un lío tan grande como el que traen entre manos en la actualidad los que se han propuesto hacer de nuestras cabezas ollas de grillos.

Los monárquicos, que seguramente tendrían los zapatos puestos en el balcón la noche de Reyes, experimentarían un placer inmenso al despertar y encontrarse con el regalo, ¡magnífico por cierto!, con que los republicanos les obsequian estas Pascuas.

¡Con qué satisfacción leerán la prensa republicana de estos días! El más eres tú impera en la mayoría de los periódicos republicanos; á fuerza de llamarse unos á otros apóstatas, canallas y bandidos, han acabado por quitarle la fuerza agresiva que tienen esos dictados.

Cada día que pasa estoy más contento de mí mismo, por no haberme afiliado nunca á ninguna fracción, ni haberme sometido mansamente á las exigencias de ningún santón ni jefecillo del partido republicano.

Yo, que pertenezco á este partido, ni soy radical, ni gubernamental, ni fede-

ral, ni unionista, ni girondino, ni jacobino, ni de la montaña; soy sencillamente republicano desde la cuna.

Esto, que parece paradójico, es tan cierto como que fué mi santa madre (republicana de corazón) la que meció mi cuna al compás de bellas canciones, en las que mezclaba el bendito nombre de España y el no menos sacrosanto de República.

También mi madre fué la que inculcó en mi corazón infantil los primeros destellos del ideal República, mágica palabra que para mí ha tenido el doble encanto del ideal que encarna en ella y el habérmela dado á conocer con entusiasmo y con cariño mi madre adorada.

Dentro de la República nada ambiciono ni nada quiero; me tendría por feliz con ver á España próspera y fuerte bajo un régimen republicano que se inspirara solamente en el bienestar de los ciudadanos.

Por ese motivo, las discordias en el campo republicano me apenan y entristecen, porque el salto atrás que originan esas mismas discordias, á nadie más que á la monarquía favorecen.

Yo soy de opinión que en estas horas críticas porque atraviesa la patria, el deber de todo buen republicano, es el de apretar las filas; y el enardecimiento y las energías que ponen algunos en fomentar bajas pasiones, alardeando de una jefatura que cuando llegue la hora de la verdad tendrán acaso miedo de ostentarla, esas energías, digo, deben agotarse en exterminar al enemigo común, que no es otro que el régimen que nos envilece y arruina.

Y una vez instaurada la República, el hacha (que no ha de faltar quien la maneje), dirigida por el ojo certero del pueblo, será la encargada de hacer astillas á todo el que ose anteponer sus ambiciones y apetitos á las exigencias y al bienestar de la Patria.

E. GIMÉNEZ MONROY

Sevilla.

Del ambiente moderno

¿Austeros?

Decía el tío «Secundagatos» — una especie de Zaratustra, que filosofaba en voz alta por las calles de mi pueblo, alumbrándose frecuentemente con sendas chispas de alcohol. — Decía este viejo bohemio, amén de otras muchas y substanciosas sentencias; decía, digo, que no votaría jamás para concejal ni otro cargo representativo, á nadie que no supiera lo que es ir por una panilla de aceite fiada.

Y por muy avisado que seas, no te percatas á primera vista, lector amable, de la honda filosofía que encierra el dicho del cínico lugareño.

Hace falta saber los céntimos que vale una panilla de aceite y lo que cuesta en ocasiones agenciarse estos céntimos, para comprender lo que vale la cacareada austeridad de ciertas gentes, que al mirar sus trojes las vieron llenas y al acariciar á los suyos les contemplaron lozanos y ahitos.

Cuando se nace en cuna dorada; cuan-

do una madre amorosa va día por día cuidando de que las espinas que surgen en el camino sean cubiertas por las rosas de sus caricias; cuando se entra en la vida bajo el palio del triunfo y aspirando el sahumero del prestigio que se fué forjando á medida que las generaciones se sucedían, ¡qué fácil es alardear de austeros! Pero cuando se va por una hogaza, y para adquirir los céntimos que cuesta hay que hacer alguna pequeña travesura; cuando por azares de la suerte, sin merecerlo, se cayó en la miseria; cuando el hombre se rebela contra el hado en esta lucha titánica en el fango y en la sombra, ¡qué fácil, si se logra salir á plena luz, es ver las lacras que el cieno y el légamo dejaron en sus trajes é imprimieron en su faz!

Preguntad á algunos de esos que blasonan de austeros, si saben lo que es ingerir un rancho en un hospicio, en un cuartel ó en un presidio; si vió su hogar sin lumbre y á su prole sin pan. Y si al contestaros afirmativamente os muestran á la par las virtudes que el pueblo les atribuye, no dudéis un momento, caed ante ellos de hinojos y descubiertos.

Mas muchos de estos prestigios, vividores de la austeridad, son semejantes á la hembra fea, que, más que por continencia ingénita, por falta de ocasión no pecó.

Del beneficio que traen á las repúblicas estos hombres, fríos, calculadores, rígidos, sin pasiones, ¡qué poco comento hace la historia!, la historia que llena sus anales con las hazañas de un Mirabeau soberbio, de un Robespierre colérico, y otros héroes que, si como ciudadanos tuvieron lunares, como adalides sólo legaron estela de gloria á la posteridad; siempre más que un Demóstenes valdrá un Espartaco.

Téngalo así entendido el buen público que corea con su admiración las frases que el burgués dedica á sus ídolos, á sus ídolos con quienes á ratos comparte las buenas acciones de compañeros y participaciones en trust y monopolios de dudosa moralidad; que no quita lo cortés á lo valiente, ni la austeridad empee para amár á los duros, aunque sean sevillanos...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo y Enero 4-1911.

Mirando y viendo

Es verdaderamente doloroso. Un esceptico sólo sabría encogerse de hombros, el mejor creyente vacilaría en su fe, el sectario menos fanático convertiría en un acumulador de odios, y el hombre de razón, abrumado por excesivos elementos de juicio, se encontraría desconcertado sin saber de qué lado inclinarse. La lucha es demasiado enconada, demasiado absurda, para que pueda tener relación alguna de simpatía; parece que se combate ya, sólo por combatir, uno contra todos, y todos contra

uno, como si se tratara del ejercicio de un simulacro extraño que tiene el caos por único objetivo.

Tal es, á grandes rasgos, la situación de los partidos avanzados en España. Arrecian en su pelea más y más, y á cada día que pasa, preséntanse los beligerantes esgrimiendo las armas de un léxico por demás violento, sacando á relucir con la ayuda del cual, hechos que, auténticos ó no, no hacen más que provocar la jovialidad del formal enemigo común, á quien más que á nadie interesa la longevidad de las intestinas discordias.

Los entusiasmos de ayer han sido puros fuegos fátuos. Nacidos y exteriorizados ante la perspectiva de hechos cuyo recuerdo abochorna, no sólo han muerto, sino que se han trocado en odios intensos antes del probable olvido, ya que no de las consiguientes reparaciones. Es, ni más ni menos, que un ejemplo más en la historia general de todos los entusiasmos demasiado sonoros, demasiado bullangueros.

Ahora sólo resta esperar. Mientras tanto, quizás vayamos aprendiendo á dominar con la cabeza los ímpetus del corazón, y á recorrer con planta más firme el camino de la abnegación y de la consecuencia. La lástima grande es que, como el tiempo, no seamos, ó eternamente jóvenes, ó eternamente viejos, única razón que abonaría el hecho de considerarle como mercancia despreciable.

A. MAZARINO

El presidio de Ocaña

Es la Prisión *modelo*. En ella se ha implantado, para los reclusos de nuevo ingreso, el sistema celular ó *secuestro individual*, que tan graves inconvenientes presenta en su aplicación causando grandes males en los reclusos; pues, por regla general, se observa en ellos la depresión física y mental, la consunción produce numerosas víctimas y el suicidio es frecuentísimo.

Pudiera afirmarse que el régimen de períodos ha sido implantado en los presidios de España en favor de los contratistas de víveres, pues ya se solicitó por el Sr. Cadalso la construcción de departamentos *ad hoc* donde pudieran seleccionarse á los reclusos «cultos y analfabetos» (así se titulaba el artículo en que pedía la construcción de dichos edificios), es decir, un edificio especial donde pudieran ser secuestrados (esta es la frase) todos los reclusos que no estuvieran conformes con que los kilogramos de tocino del contratista de víveres pesaran 750 gramos. ¿Estamos de acuerdo, señor Inspector general de Prisiones? ¿No? Hechos cantan.

¿Por qué delito se encuentran reclusos en el *Barranco del Lobo*, sobre nombre que los reclusos han dado al departamento celular, desde el día 1 y 2 del mes de Febrero (¡once meses casti-

gados!!), los reclusos Juan Tomás Fosch y José Alvarez Bustos? ¿Lo ignoran en la Dirección general de Prisiones? Yo se lo diré para que en su día y cuando el crimen se haya consumado, no puedan alegar ignorancia.

Juan Tomás Fosch se encuentra sentenciado á morir por consunción, por el grave delito de denunciar ante el Director de la Prisión, «que en la enfermería se vendía el vino en pública subasta, y que comían todos menos los que tenían derecho á comer: los enfermos.»

José Alvarez Bustos, fué uno de los autores del *plante* (reclamación colectiva para mejorar las pésimas condiciones de la menestra) ocurrido el día 2 de Febrero próximo pasado.

Veamos ahora si tenían razón los reclusos que reclamaban se suministrara el racionado bajo las condiciones que determina el pliego de condiciones.

Que tenían razón para ir al *plante*, lo demostraré en las dos preguntas que, por segunda vez, brindo al Sr. Navarro Reverter.

Si las patatas y judías que se suministraban eran de mala calidad, pues las primeras tomaban un color violáceo después de cocidas, y las segundas no se podían comer de puro duras, ¿por qué las admitía el Director del establecimiento, de conformidad con los señores que componen la Junta correccional? Y si eran de la calidad que determina el pliego de condiciones, ¿por qué se cambió la menestra después que los reclusos hicieron el *plante*?

Si la menestra era buena, no debió cambiarse; si era mala, no debió advertirse. ¿Estamos de acuerdo, Sr. Navarro Reverter?

Ahora bien: si los reclusos tenían razón para protestar colectivamente; si á los que protestaban individualmente se les secuestraba en el *Barranco del Lobo*, ¿no es una infamia que continúen ¡á los once meses! castigados los que nunca debieron serlo, y si los que convivían con los contratistas de víveres? ¿Es esa la justicia que usted prometió á los penados, Sr. Navarro Reverter? ¿Es ese el régimen progresivo que se ha implantado en nuestras prisiones?

Tengo la completa seguridad que los reclusos Juan Tomás Fosch y José Alvarez Bustos, están sentenciados á una muerte lenta, pero segura. Es verdad que en esos crímenes morales no hay tribunal que intervenga. ¡Si se tratara de un delincuente que hubiera robado un panecillo!...

En el número próximo relataré la forma en que fué conducido á la celda el recluso Fosch, y haré algunas consideraciones sobre la manera como se ha planteado en los presidios de España el régimen progresivo.

ANSELMO SANTA CATALINA

Se habla en Las Palmas (Canarias) de un fraile que se dedica á faltar al voto de castidad.

Como estas no son señas, pues hay muchos de esa clase, y además no se cita el nombre, me reservo ocuparme del embarazoso estado en que ha puesto á una joven distinguida de aquella población.

Y si es cierto que en el Puerto de la Luz quisieron lyncharle al tratar de embarcarse.

Soy desgraciado
hasta pa 'l andá;
no doy un paso sin que me tropiese
con un capeyán.

Robo piadoso:

Dejó el sacristán entornada la puerta de la Iglesia de Tiedra al ir á almorzar, y á la vuelta se encontró con que estaba vacío el cepillo de las Animas; y me pregunta un amigo, cómo los santos no hicieron el milagro de evitarlo.

A lo que le contesté:

Los santos no son guardias de orden público. Además, no tendrían ni tiempo para rascarse, si se dedicaran á evitar que no se robase nada en los templos. ¡Pues apenas ocurren casos de estos en ellos, y no digo en los de tres al cuarto, si no en las mismísimas catedrales!

El robo, por otra parte, no tiene gran importancia: por mucho que hubiera en el cepillo, no habría más que para sacar dos ó tres ánimas del Purgatorio.

Y como con este frío tan grande que está haciendo conviene estar cerca del fuego, mírese por donde el ladrón les ha hecho á las pobrecitas un favor retrasando su salida.

Si el robo hubiese ocurrido en verano, la cuestión variaría de aspecto.

Resabios inquisitoriales en España

Hace poco tiempo, *La Tribuna*, periódico de esta capital catalana, daba cuenta á sus lectores de que en el convento de enseñanza de no sé que «madres» que existe en la calle de la Diputación, entre Baién y Paseo de San Juan, unos vecinos de las casas colindantes pudieron presenciar el martirio impuesto á una monja.

Hacíanla pasear por el jardín, de rodillas, hasta que fatigada por el penoso esfuerzo, la infeliz mujer caía rendida. Yo, que viví años atrás en una casa contigua al convento, que por cierto está inmediato á la que fué Escuela Moderna, de Ferrer, puedo asegurar que oí más de una noche extrañas quejas, como si en la mansión de las esposas del Señor atormentasen á alguien.

Cierta no he, al retirarme á casa, pude presenciar cómo unos transeúntes llamaban la atención de un vigilante para que diese cuenta inmediatamente á la policía de los extraños rumores que en el interior se oían. Ignoro si se dió parte, pero lo más probable sería que

la autoridad se pase ante los místicos muros.

¿Pe o qué de ex raño tiene que monjas y frailes apliquen el tormento dentro de sus casas monásticas, si las autoridades *lo autorizan en público* cuando se apica en nombre de Dios o de un santo cualquiera?

¿Que no es así? Pues voy á demostrarlo con un caso visto por mis ojos y que traerá á la mente de los lectores otros cien análogos.

Fué en Toledo, y hará de ello unos ocho ó diez años, pero creo que el caso puede presenciarse todos los veranos, durante la romería de la Virgen del Valle, cuya ermita se alza sobre un cerro á orillas del Tajo.

A la tal romería, como á todas, concurre el pueblo con tal excusa para pasar un día de campo, beber vino y darse dos palos, si á mano viene, acudiendo además la tribu de idiotas fanatizados por el cura y el fraile, tribu más ó menos numerosa, que no falta en ninguna localidad católica española.

Entre las varias manifestaciones de salvajismo místico que en tal ocasión pude contemplar, reataré una que me impresionó de veras.

Tratábase, según me enteré allí mismo, de una jovencilla de unos dieciséis años que había hecho un voto á la Virgen del Valle si sanaba de una enfermedad que padecía, y... que la curó el médico en colaboración de la naturaleza.

Mejor dicho, el voto lo habían hecho los desalmados padres de la chca, y consistía en hacerla subir de rodillas hasta la alta cumbre del empinado cerro con las sayas dobladas para que las rodillas se hiriesen con los guijarros; llevaba una vela encendida en cada mano, para que el esfuerzo fuera más fatigoso y perdiera toda esperanza de apoyo al fatigarse.

Yo vi indignado por breves momentos aquel espectáculo, digno de la región más salvaje de Africa, y aún me sube al rostro el rubor de la vergüenza al considerar que esas cosas pueden hacerse en el centro de mi patria, á la luz del día y en el siglo xx, con el benepácito ó la indiferencia de todo un pueblo y la garantía de las autoridades.

Y la nota más cruel de aquella ascensión cruenta, inhumana, era la presencia de los padres de la desgraciada muchacha, uno á cada lado, animándola con estúpidos rezos y amenazándola con las iras de la Virgen del Valle si no lograba llegar á la ermita *sin poner las manos en el suelo* una sola vez sin caerse, sin vacilar, sin quejarse, sufriendo horriblemente, con las rodillas lágadas, sangrando, las piernas en carne viva, sudando copiosamente bajo aquel fuego abrasador de sol castellano...

Entonces tuve un rapto quijotesco, y me dirigí á los desalmados padres de la joven, les increpé, fui á tender mis manos salvadoras á la infeliz suplicada para levantarla, pero voces amenazadoras

me disuadieron de mi obra humanitaria y comprendí la imposibilidad absoluta de impedir la consumación de aquel voto infame y salvaje.

Y los encargados de salvaguardar el orden en la romería, repitieron, indicándome con gesto airado que tomase otra dirección y me apaciguara.

—¡Es un voto! ¡Largo de aquí!

Y de allí hube de marchar á buen paso, maldiciendo á una religión embrutecedora que sugestiona tales barbaridades.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona. Enero 1911.



¡Quién fuera canónigo
para mantener
dos amas rollizas, flamencas y guapas
de las que yo sé!

¡Salvados del hambre!

Nada menos que en el despacho del ministro de Fomento, y bajo su presidencia, se han reunido unos cuantos señores de alta categoría, ó de primera clase, para buscar los remedios y acallar el hambre de los obreros madrileños.

Lo que no se sabe á ciencia cierta es á la hora que poco más ó menos, se reunieron estos señores, padres antañinos de sus hijos, ni los cargos que ostentan, cosa que en verdad es una lástima, pues la hora influye mucho para acordar, tratar y resolver los problemas que afectan á la clase trabajadora, ó *mendicante* descamisada, como diría cualquier cursi aristocrático.

Pero no importa saber la hora para comprender que entrarían en el despacho bien comidos y con esperanza de volver á comer al terminar la reunión.

Después de bien comidos los señores que ostentan cargos públicos y de mostrarse partidarios ante sus familias del orden público y defensores entusiastas del estómago, irían al despacho del ministro en coche para que el polvo de la calle no tocara sus bondadosos rostros; entrarían fumándose un cigarro puro para demostrarnos que la amable Tabacalera se desvive en servirnos buen tabaco, y que si aumenta el precio del veneno, digo del tabaco, es porque el hambre aprieta y los señores accionistas (Q. D. G.) no se reparten tantos miles de duros anuales como necesitan para el gasto particular de sus cisas. Una vez en el despacho, se sentarían todos en aquellas lujosas butacas adornadas de terciopelo, imitando con esto á los ministros del Señor, esos ministros que nacen pobres y mueren ricos, estilo Bocos. Una vez sentados, murmurarían renegando de esos pobres

descamisados que no cesan de atormentar á los *buenos* ciudadanos pidiéndoles pan y trabajo, como si ellos fuesen los padres de todos los harapientos que pululan por esas calles con sus cuerpos desnudos, sus pies descalzos y sus estómagos vacíos.

¡Y verdaderamente, se necesita tener muy poca vergüenza para incomodar en estas condiciones á los señores que tranquila y honradamente ganan el pan de los suyos! ¡Y qué no hablarían allí!

—«Nosotros—diría uno—somos unos grandes señores, amantes del orden y del decoro público; y estando, como estamos, acosados á admirar todo lo bello, no podemos ni debemos sufrir á esos descamisados... Al llegar aquí, los aplausos y admiraciones de los demás compañeros no le dejarían terminar el párrafo, lo cual, en mi concepto, sería una gran desgracia. «Y como nosotros—sigue el orador—somos grandes demócratas, amantes de la libertad, propongo que se pida un crédito á las Cortes para arreglar y decorar unos cuantos edificios religiosos, á fin de que los santos varones que se interesan por el bien de nuestras católicas almas, puedan rogar al Padre eterno para que las libre de una mala muerte, y en caso contrario, del fuego eterno.» Signos de aprobación y grandes aplausos. Todos quedan encantados de la elocuencia grandísima, del grandísimo señor; se descorcharían unas botellas de *Champagne* y beberían todos, brindando para que Canalejas siga mucho tiempo en el poder, haciéndonos la pascua, de acuerdo con el Nuncio de Su Santidad.

Un grupo de ciudadanos recorre las calles pidiendo pan, trabajo y cultura. Los grandes señores les mandan la Gaceta civil ó de Seguridad para que los disperse á sablazos.

Los de la reunión abandonan el salón y se van á sus casas, donde la mesa les espera, y al verlos entrar sus esposas se admiran de sus hombres santos, desinteresados y trabajadores, que sin ninguna necesidad se preocupan de salvar del hambre á los descamisados que nacieron hombres y se volvieron eunucos.

Comen con apetito, y mientras devoran los manjares, los vendedores de periódicos van gritando:

—¡El Radical! ¡La Correspondencia! con la gran catástrofe en una mina.

—¡El Radical! Un matrimonio muerto de hambre y de frío...

Al oír esta noticia, los grandes señores piensan que, gracias á ellos, los pobres no morirán de hambre y de frío. Y con la sonrisa en los labios excusarán ante sus familias:

—Gracias á nosotros ¡se salvarán del hambre!

JOSÉ GRAU RAMA

COSAS QUE HE DICHO

Ante la idea de traer la República, los programas habían sido relegados á segundo término.

No es que yo niegue que sean necesarios á los partidos, en condiciones normales; pero ¿qué falta hacen hoy para traer la República, ni para qué basar en ellos la división?

Muerta la Unión y próximo á resucitar el nuevo partido centralista, los programas han vuelto á ponerse sobre el tapete. Y como el único partido que tiene programa claro y concreto es el federal, él es el que está en condiciones de exigir que los demás definan concreta y claramente el suyo.

Manos á la obra cuanto antes, y á imitación de Fernando VII, exclamemos, aludiendo á los años últimos: «Vue! van las cosas al ser y estado que tenían antes del 25 de Marzo de 1903. Hay que barrer hasta el recuerdo de esos mal llamados años de esperanzas por parte de los republicanos y de inquietudes y temores por la de los monarquicos.»

Los federales y los progresistas, á quienes combatí por negarse á entrar en la Unión, han sido vengados bien. La Unión muerta y excomulgado yo, ¿qué mayor triunfo para ellos?—1905.

En el pasadizo de la Audiencia de Pamplona se ha colocado debajo de la imagen de la Purísima Concepción que allí existe, una pila de mármol con agua bendita.

Sígnal de que la Justicia necesita limpiarse de pecados.

Pero es el caso que el agua bendita sólo sirve para lavar los veniales.—1888.

¿Y sois vosotros, señores que soliciáis á los militares para traer la República, quienes condenáis ahora, en nombre de la disciplina á que los invitáis constantemente á faltar, el acto que han realizado en Barcelona en defensa del honor de sus dos madres, la Patria y la que los llevó en su seno?

¿Y sois vosotros quien los conmináis á que se nos unan para salvar á España, quienes calificáis de indisciplina el acto de vengar las ofensas que á España se le infieren?

O sois torpes, ó sois incapaces, ó tratáis de evadir os de compromisos solemnemente aceptados ante la nación, diciendo que el Pueblo sólo no puede y el Ejército no viene.—1905.

Durante la última algarada carlista, el capitán general de Cataluña recibió el siguiente anónimo:

«Si queréis conocer la trama carlista, prended al obispo Morgades, colgado de una almena del castillo de Montjuich y registrad su palacio, y después haced

lo mismo con los demás obispos de España.»

¡Hombre, hombre! Me parece que esto es ya exagerar un poquito.

No obsta: te, me hubiera resignado á verlo.—1900.

Hemos retrocedido tres años. Ya están nuevamente en pie los tres partidos: el federal, el progresista y el centralista. No falta más sino que el último detalle su programa, para que pueda pactarse una coalición parecida á cualquiera de las anteriores.

Volvemos á lo de un Directorio en que estén representados los tres partidos, se publicará un manifiesto pomposo, rehirán los coligados á las primeras de cambio, y vuelta á destejer para tejer más tarde.

Ahora que han arabado con ella, es cuando comprendo mejor la grandeza de aquella Unión propuesta por mí y acordada por el Pueblo, al par que me confirmo en lo de que las ideas valen menos que los hombres; primero, porque sin ellos no existirían, y segundo, porque para nada sirven hasta que no encuentran uno que las vivifique, las anime, les dé forma ó las imponga.

¡Hombres! ¡Hombres! Esto es lo primero que se necesita para hacer triunfar toda idea.—1905.

Cerca de la plaza de Santurce fué hallado el cadáver de un mendigo de Portugalete. Las aves de rapina le habían comido parte de las mandíbulas, el pescuezo y las puntas de los dedos de las manos. Se averiguó que haba muerto hacía bastantes días á consecuencia de frío.

Me alegro. Así aprenderán todos los de su calaña, que para mendigar hay que ponerse capucha ó toca.—1900.

He leído que nuestros diputados se han portado en las Cortes como unos héoes. Razón demás para no elegirlos nuevamente.

Si habiendo hecho todo lo que pueden, hasta llegar al heroísmo, nada provechoso ha resultado para la causa revolucionaria, ¿qué se puede esperar de ellos ya? Déseles la laureada, y á sus casitas.

Dijérase:

«No han cumplido como la Unión esperaba, pero se enmendarán en lo sucesivo», y cabría reelegirlos. Pero reconociendo que han llegado al límite del esfuerzo y nada han conseguido, ¿cómo?

Por esto no merece la pena de que los correligionarios se molesten en imponer nuevos sacrificios á esos héroes desgraciados.

Por creer que las elecciones podrían ayudar á la revolución, fuimos á ellas, eligiendo á los hombres que suponíamos los mejores.

Estos han hecho cuanto han podido, y, no obstante haber estado frente á los gobiernos más reaccionarios que puede

haber en España, el espíritu de la Unión se ha evaporado en sus manos.

Convenimos, por lo tanto, en que, ó el Congreso enerva, ó los hombres que á él han llevado la Unión no sirven. En el primer caso, véase si conviene cortar el mal de raíz; y en el segundo, si mandar gente nueva.—1905.

«Catolicismo es sinónimo de atracción y de amor», dice un periódico neo.

Para más informes, díjase á los ludios de Varsovia, deslomados actualmente á palos por los católicos polacos.—1882.

«¡A jefe!

¡A triunfiro!

¡A miembro de un directorio!»

A todo eso aspiro, según dicen por ahí los que se preparan á perpetrar otros elecciones.

Atrasados andan de noticias, porque á eso aspiré antes: ahora sólo sueño con ser obispo.

Obispo de la diócesis del Sentido Común, para ver si, bendiciendo á los tonos, consigo infundirles algo de lo que se contiene en el título de mi diócesis.

Aunque he dicho á mi vez una tontería. La imbecilidad y el sentido común son incompatibles.—1905.

Murió en Bilbao doña Rafaela Ibarra, legando á sus hijos... ¡¡¡CUARENTA MIL DUROS DE DEUDAS!!!, á pesar de que habia heredado de sus padres y de su marido, señor Villalonga, la fortuna más saneada de Vizcaya, que se le fué en fundaciones de conventos.

Con el dinero de esa alucinada se levantó, entre otros edificios, la Universidad de Deusto, propiedad de los jesuitas.

La prodigalidad de esa señora hizo que su familia le quitara la administración de los bienes de sus cinco hijos, á cada uno de los cuales le correspondía un millón de duros.

De los cinco hijos, uno es jesuita, otra monja, un tercero se halla muy delicado de salud; otro varón, aunque de ideas conservadoras ha logrado colocarse á cierta distancia de los jesuitas, y otra hija se ha casado recientemente por el procedimiento de *Electra*.

No se descubre un asunto en que haya intervenido un jesuita, en que no aparezcan estos tres factores: engaño, ruina ó deshonra.

¡Y que haya quien se atreva á decir que si viniera la República se les respetaría!—1901.

He cometido varias torpezas en mis campañas políticas, entre ellas la de emplear exclusivamente el lenguaje de la razón: las masas populares entienden el de la pasión siempre y el del sentimiento á veces; de aquí sus arranques sublimes, pero también sus injusticias. El de la razón no está aún á su alcance.

Y es natural. Si razonaran, no ten-

drían escenario ni ambiente apropiado los charlatanes que las embaucan.—1905.

Un diario de Sevilla ha publicado una estadística de las filtraciones, irregularidades y chanchullos administrativos ocurridos ó descubiertos en el año anterior, así como de la fuga de empleados con los fondos encomendados á su custodia, y, según esa *cuenta corriente*, que no puede ser completa, porque no todos los datos llegan á conocimiento de la Prensa, ascienden las defraudaciones al Estado á sesenta millones, seiscientos diez y ocho mil, doscientas setenta y nueve pesetas, ó sean *doscientos cuarenta y dos millones, cuatrocientos setenta y tres mil, ciento diez y seis reales*.

Talento se necesita para poder aún irregularizar tanto dinero en un país donde los conservadores han robado á sus anchas durante ocho años y pico.—1888.

Saludé respetuosamente á los dos negros que pasaron junto á mí con traje de rayadillo. Me miraron sorprendidos y se llevaron la mano al sombrero.

Seguílos con la mirada hasta que desaparecieron, y sentí remordimientos por no haberlos abrazado como á hermanos; hermanos que habían hecho más que yo por España, nuestra madre.

Mientras muchos la maldecían allá, y tantos la deshonraban aquí, ellos vertían su sangre por ella en la manigua.

Vencedora, nada le habían pedido; vencida, vienen á albergarse en su suelo, dejando aquel en que nacieron y aquel sol que era su vida.

Honremos á esos negros que compartieron con nuestros soldados el hambre y la sed, fueron heridos por el mismo machete y cayeron juntos sobre el enemigo al grito de ¡viva España!

Y hagamos lo posible porque no echen mucho de menos su sol, enviándolos á Canarias ó Andalucía, y proporcionándoles medios de vida para que jamás piensen que se sacrificaron por una patria ingrata.

Patria de la que villanamente han renegado en Puerto Rico algunos jueces y magistrados peninsulares, prestando juramento de fidelidad á las autoridades yanquis; patria que se siente hoy tan orgullosa de esos negros que le han sido fieles en las horas de su gran desventura, como avergonzada de aquellos blancos que se han vendido.—1899.

Han dado nuestros oradores en comenzar sus discursos piropeando al bello sexo; y yo, que de galante presumo, me guardaré de censurarlos por esto.

Mas sí quiero advertirles, que el mejor medio de atraernos á la mujer es demostrarle que somos hombres en toda circunstancia, á toda hora y para todo.

La mujer se deja subyugar por el hombre que representa fuerza, talento;

de ahí que las grandes personalidades la atraigan.

Hubiese entre nosotros hombres que se impusieran por su energía ó por su audacia, y ellas los ayudarían, unas con su aplauso público, otras con su admiración secreta.

Lo que no harán nunca será seguir á quienes, sin realizar actos de hombre, las adulen con frases vulgares.

Así, ¡oh propagandistas piropeadores!, suprimid alabanzas que sólo oyen las mujeres de los convencidos, y ejecutad actos que obliguen á admiraros á las mismas que abominen de nuestras ideas. El día que se vieran precisadas á confesarse, á pesar suyo, que valiais más que cuantos las rodeaban, amarían el ideal nuevo, no precisamente por lo que representara, sino porque *engendraba hombres*.—1905.

Profetas á quienes nadie escucha; sacerdotes con pocos fieles; políticos que no inspiran confianza; revolucionarios que no conspiran; partidarios de la lucha legal que á lo mejor se retraen...

Y muchos indisciplinados hasta llegar, que se convierten en feroces ordenancistas para mantenerse; y muchos despreciadores del que se distingue; y muchos aduladores del que no vale...

Estos son los republicanos que hoy predominan y vienen monopolizando la opinión en su exclusivo provecho.—1898.

Se ha descubierto un testamento falso, y está procesado por ello el juez decano de Madrid y presos un escribano y un abogado, amén de varios curiales de menor cuantía. Aquí sí que encaja lo de á la justicia prenden.

Con tal motivo los timoratos se escandalizan y ven próximos no sé cuántos cataclismos, como si hubiera sido necesario ese hecho para demostrar que todo está al mismo nivel hoy, y que no hay clase ni institución que no tenga individuos inmorales.

Al oído, cerrando las puertas, y después de asegurarse que nadie habita en el cuarto de al lado ni pasa alma viviente por la calle, hay quien tiene valor para formular en voz muy baja hondas quejas contra la administración de justicia.

Y, sin embargo, pone el grito en el cielo y se manifiesta asombrado cuando algún hecho viene á demostrar que tenía razón, pues la magistratura se halla hoy como todo.

No hay motivos ni para el asombro ni para los aspavientos. El medio ambiente social está envenenado, y cuantos respiran en él pueden contagiarse.

Lo necesario es purificar ese medio ambiente y no continuar viviendo de hipocresías y convencionalismos.—1894.

Hace algunos días dió á luz una mujer de Long Island City un niño con cuatro manos.

¡Qué ganga la de ese niño!—dirá algún conservador español que se esté comiendo hoy con toda tranquilidad el fruto de sus rapiñas;—si yo hubiera tenido cuatro manos, sería hoy tan rico como Elduayen.—1886.

Un médico tuvo un hijo con una joven, y abandonó á ambos. Ella hizo cuanto pudo porque volviera á su lado; inutilmente.

Desesperada, buscó un día, y trató de agredirle; él pidió socorro ¡un hombre!, y ella fué procesada por amenazas.

Se ha celebrado la vista, é ignoro el resultado; mas sea el que sea, resultará que en el Código Penal falta este artículo:

“Todo el que abandonare á un hijo habido con cualquier mujer, en la forma que fuere, será condenado á diez años de presidio. Si existieren circunstancias agravantes se duplicará la pena.”

Y con seguridad que disminuirían las infamias de esta clase que á diario se cometen.

Con este artículo en el Código, aplicado sin contemplaciones, no habría tanta prostitución, ni tanta mujer abandonada, ni tanto niño hambriento ó en la Inclusa, ni tanto infanticidio, ni tanto canalla usurpando la plaza de hombre honrado.

Y la inmoralidad disminuiría, y la justicia se cumpliría, y desaparecerían una porción de ideas falsas que se tienen acerca del honor y el deber, imponiéndose las verdaderas.—1904.

Al bandido *Cencerrita* se le ha encontrado al fin muerto y sobre el cadáver yerto una medalla bendita, no sé cuántos relicarios emblemas de devoción, y una regular porción de santos escapularios.

Como el caso es tan frecuente ya me doy por convencido: ¡aquí no muere un bandido que no resulte creyente!—1894.

A varios peregrinos que procedentes de Sevilla se dirigían á Cádiz, les robaron en el tren las carteras con dinero y documentos.

Como el tren se componía exclusivamente de romeros... saquen ustedes la consecuencia.

Si vas á viajar entre romeros ¡ajojo con la cartera y los dineros!—1894.

El alcalde de San Vicente (Badajoz) ha inventado la manera de arreglar lo de los maestros de escuela.

Meterlos en la cárcel cuando van á pedirle dinero.

Recomiendo el procedimiento para pagar á los curas.—1887.

JOSÉ NAKENS

EL PAPA ¿VICARIO DE CRISTO?

He aquí, amigos míos, una cuestión que antiguamente me volvió tarumba, y que sin duda os volverá tontos á vosotros.

¿Cómo se llena la boca el Papa llamándose Vicario de Cristo?

Vicario, ¿en qué? ¿De qué? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? ¿Hasta dónde?

Ya hablaremos de Cristo más por menor; aquí nos limitaremos á estudiarlo en relación con su Vicariato.

«Vicario de Cristo es el que hace las veces de Cristo.» Esto está claro como la luz del sol. ¿Y qué hizo Cristo?

Aquí te quiero, Papa de mis entreteñas; á ti, censor universal, vamos á someterte un momento á censura; á ti, que examinas la fe y conducta de todos, vamos á examinarte ahora con todo el respeto debido, ó sea con el respeto de que con los demás nos das ejemplo, para que te imitemos; pues *Vicario de Cristo* como eres, eres también *el camino, la verdad y la vida*, ó sea el modelo que debemos seguir...

¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!... ¿Que esto es osadía?... ¡Claro! ¿No hemos de ser osados? Dentro de unos años habrás muerto, y según la doctrina que nos enseñas, puede muy bien ser que te condenes; y aun es lo más probable, y aun es poco menos que imposible, que dejes de condenarte por aquello de Cristo tu principal: «Mis fácil es pasar un cable por el ojo de la aguja de coser, que un rico por la puerta de los cielos.» ¡Y tú eres tan rico... y tan salado!...

Y ya ves si hemos de atrevernos á juzgar á un presunto condenado... maldito de Cristo y de su Padre...

Animo, pues, amiguitos; todos vosotros podéis ser confesores del Papa, y por tanto, sus jueces. Juzguémosle.

..

¿Qué hizo Cristo? *Pertransiit beneficiendo*... Este es el conjunto de su vida. ¿En qué estriba su perfección? El lo dijo: «vende tus bienes, repártelos á los pobres y sígueme.» ¿Adónde? ¿A hacer la corte á los reyes, á pasear por los jardines del Vaticano, á ser paseado en silla gestatoria, á contar millones, á lanzar anatemas, á descorchar botellas de Bartolo, á celebrar *Bodas* y jubileos, á meitar anatemas, á fraguar intrigas, á proclamar guerras?... ¡Qué risa y qué frescura!... Parece á mí que no es ese el camino al cual invitaba Cristo á sus vicarios á ser seguido. Y si esto es lo único que hace el Papa y nada de esto hizo Cristo ¿dónde están las veces aquellas? Antes bien parece que estas del Papa son las veces contrarias á las de su Principal.

Este «se hizo el menor de todos»; aquí se hace el «sumo pontífice máximo», como si dijéramos, archipámpano de los archipámpanos.

Y si el concepto esencial religioso de Cristo es su condición de «redentor», ¿cómo redimió El al mundo? Haciéndose el prisionero *pour rire*, lloriqueando penas entre banquetes y fiestas, pactando con los reyes, haciendo procesiones, vomitando anatemas, procesando y matando... ¡Qué risa! ¡Qué frescura!

¿En qué es el Papa vicario de Cristo?

Ya os lo diré. Mientras Cristo fué pobre, miserable y perseguido, no hubo quien se llamase *vicario* suyo. El que tenía ese título, según dicen, cuando en el Pretorio una criada le dijo: «tú eres el Vicario de ese galileo», dióse prisa á jurar que era falso, que no era tal vicario. Pero cuando cambiaron los vientos y Cristo fué proclamado «dios» y «rey» y «propietario» y «señor», entonces salieron «vicarios» como caracoles después de la lluvia, gritando á grito pelado: «yo soy vicario de Cristo», es decir, yo soy el dios, adórame; yo soy el rey, págame tributo; yo soy el propietario, dame la bolsa; yo soy el señor, sé tú mi esclavo.

Y esto hace el Papa, que no tiene pelo de tonto; allá en donde ve un coto cristiano, un señorío, una ganga, una corona y un templo, corre á decir: «soy el vicario de Cristo: eso es mío». Templos, beneficios, joyas, ornamentos, autoridad, honores... suyo, todo suyo... Todas las rentas de obispados eran suyas; todos los beneficios, las vacantes, los expolios, el producto de las dispensas, de las indulgencias, de los pleitos, todo suyo, hasta que los Estados se lo quitaron á bayonetazos. Ahora son suyos el Vaticano y sus palacios, los productos de capelos, de mitras, de bulas graciosas, de títulos pontificios, de gracias curiales, los Estados de Italia... hasta los bienes de la Iglesia de Filipinas que jamás pisó papa alguno; todas las *tomas* son suyas; en eso se hace *Vicario* de Cristo y apoderado de Cristo, sin rendir más cuentas que al Cristo sordo y ciego clavado en la cruz para que no se mueva.

Pero cuando los turcos buscan en Armenia los Vicarios de Cristo para pasarlos á degüello, cuando la revolución se agita en Barcelona... el gran Vicario de Cristo dice: «Allá Cristo á defender los suyos, que yo estoy muy ricamente divirtiéndome con las gacelas de mis parques y con los leones que me regaló el rey de Abisinia; yo nada tengo que ver con los cristianos; allá me las den todas...

¿Que pasa un clérigo desarrapado al lado del Papa? No es el Vicario de Cristo. ¿Que pasa un millonario cristiano ó judío?... Entonces... ¡soy Vicario de Cristo!...

¿Que hay una coronación de soberano?... Allá está todo afanoso el Vicario de Cristo empujando á unos y á otros hasta hacerse visible. ¿Que hay una calamidad pública?... ¡Ni con linterna!

A veces ocurre que va Pedro Morgán por la mañana á verle y le entrega veinte millones secretamente, y por la tarde se publica en todos los periódicos del mundo: «el Papa ha dado mil liras por la catástrofe de Messina...» Como Cristo, ¿verdad?... Porque sabido es que Cristo decía: «No se entere tu izquierda de los millones que atrapa tu derecha; y si hicieres limosna, publica tu ruindad á los cuatro vientos...»

..

¿Verdad, amiguitos, que para hallar *Vicarios* de este jaez no valía la pena de que Cristo se diese tan malos ratos? Antes de venir El al mundo, era ya cosa vieja que «mientras tuvieras fortuna, tus amigos y vicarios serán muchos; si el viento fuese contrario, te verás sólo». Esto ocurría ya en Bombay en los tiempos de Maricastaña. ¡Vaya unos Vica-

rios esos! Así debían ser los Vicarios de Benito, el de los amigos.

..

Pero ¿á qué fin hacían falta *vicarios* de Cristo? O El redimió al mundo ó no lo redimió. Si lo redimió, redimido queda con vicarios y sin ellos. Si no lo redimió, no lo redimen cien vicarios suyos.

Si á Herodes le ofreciesen ahora la ganga de vicario de Cristo, en vez de escarnecerlo le haría rendir armas y la tocaría la Marcha Real. Quedamos en esto: en que cuando el *vicariato* es un momio, el Papa se apresura á decir: aquí estoy yo. Cuando tocan á pagar cuentas, pasa de largo y dice como Pedro su predecesor: *malhaya si jamás he tenido tratos con Cristo*.

..

¿Qué tal... os duelen los ojos, amiguitos? Son las legañas romanas; no temáis, eso se cura pronto.

Bien; el Papa dice: «Soy el vicario de Cristo». ¡Oh!... oh!... vaya una novedad... Más que vicarios de Cristo sois vosotros, amiguitos, pues «sois cristos» como todos los fieles. Y cuando hacéis las obras de Cristo, entonces sois sus *vicarios* auténticos y aun algo más.

Vosotros sois *hijos legítimos de Cristo*: quién es más, ¿el hijo ó el *Vicario*?... Y un padre que no sea padre, en toda tierra de garbanzos se llama padrastro.

Es bien posible que el Papa sea un réprobo ante Cristo; es lo más probable... casi lo único seguro... Y un réprobo su vicario... ¡qué risa! ¡Qué carcajadas debe soltar en el Vaticano el diáblo socarrón!

..

Ya véis, amiguitos, que no es tan fiero el león como lo pintan. Eso del vicariato es un negocio como otro cualquiera. Y si no queréis creerlo, haced la prueba.

Coged un saco de onzas; hacédlas sonar, diciendo que queréis regalarlas á Cristo, y os llevarán de la mano y en volandas á presencia del Papa:—¿A quién buscas; al vicario de Cristo? Ego sum. *Presente*.

Os cargáis de penas y aflicciones, que son los «tesoros cristianos» y echáis á andar gritando: ¡*Vicario del Hijo de David: miserere mei*... Llegáis al Vaticano, llamáis á aldabonazos... ¡*miserere mei*!

¡Como si lloviera!... No hay tal *vicario*, sino guardias suizos y perreros que os lanzarán á latigazos.

Yo he hecho este viaje, y os aseguro que es delicioso. Y si ahora el señor vicario se enfada por tal retrato, decidle de mi parte:

«Arrojar la cara importa; que el espejo no hay por qué.»

S. PEY ORDEIX

Guiñapo humano

Levantó la cabeza, temblorosa y cana, y sus ojos seniles, de inexpressiva mirada, me enseñaron en el fondo de sus pupilas cansadas las etapas incoloras de su vida de esclavo.

Sentado al borde del camino, á la sombra de un árbol, tosían desesperadamente sus roncós pulmones, mientras que su cuerpo huesoso amenazaba

desarmarse con la fuerza de las sacudidas violentas que le producía cada golpe de tos.

En las treguas que la tos le diera, sus labios marchitos me repitieron la historia que sus pupilas cansadas me habían dicho.

Llegó al mundo cuando todo estaba repartido entre los detentadores de la propiedad, sin más patrimonio que un fardo enorme de prejuicios y atavismos y una constitución vigorosa que desde su pubertad le conquistó la distinción de los patronos, que vieron en él un hermoso ejemplar explotable.

Su cuerpo vigoroso era una llave mágica que le abría fácilmente las puertas de los talleres y fábricas a las que llamaba en solicitud de trabajo, y se creyó invulnerable a la miseria.

Sus prendas morales, bellas y sanas como su estructura física, le facilitaron hallar una compañera que le dió dos hijas; única etapa luminosa de su vida, á cuyo recuerdo, de sus marchitos ojos corrieron blandamente dos lágrimas que se perdieron en el matarral de sus bigotes sucios, á la vez que un suspiro largo y macabro como el estertor de la muerte, fué cortado bruscamente por un golpe de tos.

Las necesidades de su vida aumentaron con relación al aumento de su familia, pero su jornal no aumentó. Bien por el contrario, la concurrencia de brazos desocupados produjo la inevitable rebaja de salarios y el encarecimiento de la vida.

Procuró salvar á los suyos del naufragio económico trabajando horas extraorinarias. Luchó desesperadamente, rabiosamente, incansablemente...

«¿Para qué? me decía. Todo fué inútil. Enfermé; fui llevado al Hospital. Mi compañera, luchando como yo heroicamente contra la miseria durante mi enfermedad, me halló aún en el Hospital cuando ella fué llevada á su vez.»

«Después, prosiguió luego que hubo cobrado aliento para ello, cuando al fin de largos meses de estar enfermo recobré mi libertad, fuera de aquel presidio de la caridad burguesa, me encontré... ¡oh! me encontré...

Y sus descarnadas manos de piel amarillenta oprimían á su mártir corazón, que quería estallar al sólo recuerdo de su hija, la mayorcita, que entonces contaba escasamente catorce años, protituyéndose en los brazos de los hijos de sus patronos, para salvar de la miseria y el hambre á la pequeña.

Fué el desastre.

Su cuerpo maltrecho y gastado á fuerza de trabajar, ya no tenía la codicia de los patronos, y, más que llave, fué un cerrojo que le interceptó la entrada á fábricas y talleres.

Y ahora, cansado, destrozado de cuerpo y alma, hecho un guñapo humano por tanto producir riquezas para otros, sin un trozo de pan que llevar á su boca trémula de hambre, se encaminaba al Asilo de Ancianos, donde la piadosa caridad explotaría los últimos restos de su semil energía, á cambio de una pésima pitanza y un podrido jergón.

E irritado contra la maldita miseria que me impedía ayudar á aquel hermano caído, y abastecido de mayor odio contra la canalla dorada que prohija tales iniquidades, proseguí mi camino á la fábrica, llevando grabada para siem-

pre en mi memoria la imagen de aquel guñapo humano sentado al borde del camino á la sombra de un árbol, cuyos roncós pulmones toñan desesperadamente, mientras que su cuerpo huesoso amenazaba desarmarse con la fuerza de las sacudidas violentas que le producía cada golpe de tos.

ENRIQUE FLORES MAGON



Los eternos explotadores

Se está combatiendo actualmente con gran energía el trabajo nocturno de la mujer; ¡bello ideal! Pero aún nadie ha propuesto nada en el Parlamento contra otros talleres ilegales, escondidos entre los macizos muros de conventos y asilos católicos.

En ellos, y sin tener en cuenta la edad ni el sexo, se explota de una manera abominable á los tristes seres que la desgracia ha llevado allí, haciéndolos trabajar día y noche, lo mismo los días laborables que los festivos, sin que nadie moleste á los explotadores.

Pero aún hay más. Aparte de martirizar á los de dentro con el trabajo incesante, se ormentan á los de afuera con el hambre, pues quitan la labor á muchos obreros, y dejan á infinidad de seres sin salario y á innumerables hogares sin pan.

Esta es la causa principal de la miseria que sufren hoy los obreros, y de ello deben ocuparse los grandes hombres de la política, que dicen que luchan por el proletariado.

Justo es que se evite el trabajo nocturno á la mujer; pero tanto ó más justo es que se pida la clausura de estos talleres ilegales donde trafican con la miseria los *eternos explotadores* del pueblo.

B. MORA

Maresita mía,
valiente solana;
con cuatro millones ó más que tenía
ni un céntimo daba.

Mosáico clerical

Una mala noticia para los antisemitas y clericales. Según profundas investigaciones históricas hechas por dos importantísimas revistas, ahora resulta que Cristóbal Colón era de origen judío, descendiente de una familia israelita de Galicia. Su padre Domingo era guarda de la torre de la *Porta dei Olivella*, en Génova, donde nació el ilustre marino por el mes de Agosto á Octubre de 1451. Por cierto, ya que hablamos de Génova, bueno es recordar que en el relato que escribió de un viaje á la Silvio Piccolomini, en 1432, el cual fué después Papa con el nombre de Pío II,

afirma que esta ciudad «era el paraíso de las mujeres». Sin duda le fué muy bien con las genovesas al Santo Padre.

El P. Binkuer, predicador real, arcediano de la iglesia de San Miguel y profesor de la universidad católica de Munich, ha rehusado prestar el juramento antimodernista, y ha quedado fuera de la Iglesia. En Breslau han lecho lo mismo numerosos sacerdotes. En Baviera 69 sacerdotes han seguido el mismo camino, y en Colonia los clérigos más ilustrados rehúsan someterse á la despótica imposición de Pío X. Inútil es decir que todos estos desertores del catolicismo romano vienen á engrosar de un modo más ó menos indirecto el campo anticlerical. En fin, que el papa nos está haciendo el caldo gordo.

Los clericales de Nápoles están que trinan porque la iglesia de San Francisco ha sido destinada para que en ella se celebre el proceso llamado de la *Camorra*, y que se supone que durará seis meses. Centenares de obreros trabajan en su transformación. Se necesitaba un local muy amplio, y como esta iglesia era una *barburidad* de grande, se ha echado mano de ella. ¡Menudo salón de baile se podía hacer en Madrid con la iglesia de San Isidro!

En Nimes, el joven sacerdote Csillig ha matado de tres tiros á una joven bella maestra de escuela, llamada Teresa Bonoos, y después se suicidó con la misma arma. El curita ha dejado escrita una carta en la cual confiesa que estando locamente enamorado de la maestra, y habiendo sido rechazado por ella, había decidido matarla y matarse. ¡Todo por el dichoso celibato! ¡Que los entierren juntos!!

Un arzobispo que hace castigar á un soldado por haber ayudado á una misa, no es cosa que se ve todos los días. Un soldado de infantería, de guarnición en Florencia, católico ferviente, se sintió acometido del deseo de oír una misa, y se metió en una iglesia; después quiso ayudarla, y haciendo retirar al monaguillo, se puso al lado del sacerdote. Como en Italia está prohibido que con uniforme militar se meta nadie en andanzas, los fiesles se quedaron admirados, y de boca en boca corrió la noticia hasta oídos del arzobispo, Mgr. Mistrangelo. Como este obispo sabe cómo las gasta el ejército italiano, en seguida escribió una carta al jefe militar de la región pidiendo indulgencia para el soldado devoto; éste no sabía nada, y acudió al general de división, el cual interpelló al general de brigada; pero como éste tampoco sabía nada, acudió al coronel del regimiento, y éste al comandante, el cual se dirigió al capitán de la compañía á que pertenecía el soldado, al que metieron en seguida en el calabozo, del que se habría librado seguramente á no haber sido por la carta del arzobispo. Podemos asegurar que después de este lfo, no vuelve jamás á ayudar una misa este soldado.

La Prensa vaticanista está llena de

regocijo porque el príncipe Max miliano de Sajonia, cura y escritor, ha firmado una extensa retractación por el artículo que publicó en la revista *Roma y Oriente*. El príncipe se echó llorando á los pies del papa besando sus sandalias, y abrazando sus rodillas, lo cual ha hecho muy poca gracia á los periódicos alemanes, pues aunque la corte de Sajonia sea católica, los subditos son casi todos protestantes, y en Alemania se ven con muy poco agrado estas reproducciones de Canosa, y la humillación de los príncipes sajones ante Roma. Con motivo de este suceso la Prensa alemana pide la supresión de la legación prusiana cerca del Vaticano, y en Sajonia se ha producido una crisis ministerial, y la dimisión del vicario apostólico D. Schafer, y lo que vendrá. Príncipe y cura, era de esperar que hiciera muchas tonterías.

* *

Los santos han tenido á veces muy buenos golpes. En la reciente obra de Foly, titulada *Psicología del Santo*, se refiere que una vez mandó el Papa á San Felipe Neri que fuera á un monasterio de monjas vecino de Roma, donde había una hermana que daba mucho que hablar por sus revelaciones y su santidad, para que la examinase. Hacía un tiempo pésimo, y San Felipe, caballero en un mulo, llevó al convento calado como una sopa. Recibieron las monjas con gran veneración, y le presentaron á la santa, que apareció muy modesta y compungida. San Felipe se sentó, estiró una pierna, y le dijo: «Sícame las botas.» Al oír esto la monja de las revelaciones se quedó escandalizada é hizo un gesto de reproche y altivez. Felipe volvió á cabalgar en su mulo, se fué al Vaticano y le dijo al Papa que era imposible que fuera santa de verdad una monja tan poco humilde. ¡A cuántos frailes y monjas podríamos aplicar lo mismo!

* *

¡Qué bien saben tomar el pelo á sus secuaces estos fundadores de religiones positivas! Hace poco tiempo murió en Nueva York la señora Heddy, papisa y fundadora de la secta titulada *Ciencia cristiana*, dejando una fortuna colosal, buenos tiempos, y cerca de un millón de adeptos. El día de sus funerales estuvo guardado su sepulcro por cuatro discípulos armados, y sigue vigilado porque la señora Heddy ha dejado escrito que resucitará como Cristo, y que ella era aquella mujer de que se habla en el capítulo 12, del Apocalipsis. Los fieles de esta secta están ayunando desde el 8 de Diciembre, y seguirán haciéndolo hasta que se verifique el milagro de esta resurrección, y parece que va tienen para rato. Los guardianes del sepulcro se van relevando, y han instalado allí mismo un teléfono para dar cuenta de la resurrección de la señora Heddy, apenas se verifique.

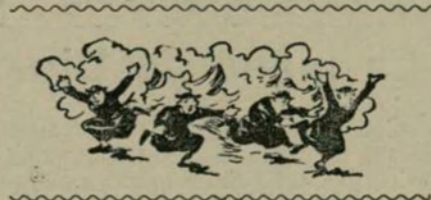
El *Dav y Nws.* del que tomo esta noticia, afirma muy serio «que todo Nueva York está esperando el milagro». Ya, ya pueden esperar sentados.

* *

Con motivo de la muerte repentina que acometió á un clérigo francés, perteneciente á una gran parroquia de

París, en un hotel sospechoso, al que acudía con frecuencia en compañía de una dama galante, la Prensa nea recuerda la muerte repentina acaecida en casa de una amiga al primer obispo *liberal* que nombró Gimberta, por haber reconocido á la República. Por cierto que el arzobispo de París ha negado la sepultura eclesiástica al sacerdote á que nos referimos (en cambio se la otorga á suicidas, pecadores públicos, y muertos en duelo), y al saber esta determinación, el vecindario acudió en masa al entierro civil organizado para enterrar á este clérigo. De todos modos no deja de ser edificante la muerte de un cura en brazos de una amiga; pero no es el primer caso. En Madrid el superior de los agustinos, fray Manuel Díez, murió en casa de la condesa del Val, y nadie se escandalizó, á pesar de que había cuatro casas de su Orden en la corte.

FRAY GERUNDIO



Predicar y dar trigo

Don Frutos, hombre excelente, d voto de San Antonio, temeroso del demonio y católico ferviente, goza en toda la ciudad de justa reputación, porque es un santo varón en olor de santidad.

Va á misa todos los días, confiesa todos los meses, maneja los intereses, de dos ó tres cofradías, y en fiestas y en procesiones siempre don Frutos Martiños se halla entre imágenes, cirios, estandartes y pendones.

Forman todos sus encantos las prácticas religiosas y sabe muy buenas cosas de las santas y los santos.

Amigos suyos formales ayer me han asegurado que se halla tan enterado de las cosas celestiales, y está á causa de su celo y las santas oraciones,

en tan buenas relaciones con los ángeles del cielo, que está a estas horas don Frutos trazando la proyección para ir derecho á la gloria en unos cuantos minutos.

¿Pues y cuando habrá? ¡Qué llano! ¡Qué verdad en el decir! ¡Es capaz de convertir al más feroz luterano!

Todos sus discursos fundan en la moral más severa, y en esa piedad sincera que su corazón inunda; pues dice, y es la verdad, que para ir derecho al cielo,

es necesario en el suelo ejercer la caridad.

Con noble desprendimiento distribuye su caudal á un interés anual...

de treinta y cinco por ciento;

y estos excelentes modos de ejercer virtud tan santa, de tal modo les encanta á sus convecinos todos,

que asegura el pueblo entero que al morir ese bendito irá al cielo derechito con zapatos y sombrero.

Tristes, pálidas, desnudas, seguidas de dos ancianos de largos cabellos canos, vi no há mucho dos viudas.

Y al mirar en esqueleto á aquel cuarteto infeice, á casa del santo hice que fueran, con el objeto de saber si este señor su miseria remediaba, porque es lo que yo pensaba: ¿Quién puede hacerlo mejor que un hombre que está soltero, que vive sólo en el mundo y que une á su amor profundo el tener mucho dinero?

Vayan ustedes, les dije, vayan sin ningún recelo, que allí encontrarán consuelo para el mal que les afige.

Fueron de esperanzas llenas, le contaron su aflicción, lloró aquel santo varón, después consoló sus penas, y á aquellas pobres mujeres, y á aquellos honrados viejos, les dió... muy buenos consejos; pero cuartos... ¡que si quieres!

Por lo cual, lector, infiero, ante este hecho singular, que una cosa es predicar y otra cosa es dar dinero.

X.

Los jesuítas

DICEN MISA CON LAS MANOS MANCHADAS, Y TINTAS TODAVÍA EN SANGRE INOCENTE.

Pues en cuanto á pasquines afrentosos á su Religión, qué pasquines más al vivo que haber visto pública y notoriamente cuatro Religiosos de la Compañía gobernar un ejército de cuatro mil Indios bárbaros, incitándolos á matar á los Españoles que defendían las causas de la Iglesia, y de su Rey, dar una batalla campal, entrar una Ciudad á fuego, sangre y saco, introduciendo con sus armas por Gobernador un parcial suyo descomulgado, ebrio público; y porque lo enmendan todos que públicamente se emborracha; y después de haber incitado á que se obrasen cosas tan de asombro, que se ejecutaron con más rigor y graves circunstancias, de lo que muy por mayor aquí refiero, y ellos á caballo entre los Bárbaros á vis.

ta de todos: ponerse otro día estos cuatro Sacerdotes sin género de escrúpulo ninguno á decir Misa, testificando muchos que les vieron en las ropas la sangre de los muertos cuando se quitaron del Altar. ¿Puede haber pasquín más al vivo, ni más infame para la Religión que este? Hase visto pasquín de mayor insolencia en oprobio de la Iglesia Católica, como el que representó el Padre Juan Antonio Manquiano, Extrangero de Nación, tres días después de preso, y cercado el Señor Obispo en su Catedral, con más de seiscientos Indios, adonde le tuvieron seis días, profanando con grande ignominia el Templo de Dios? Que se llegase esto Padre Manquiano y les hiciese una Plática contra el Señor Obispo, diciéndoles: ¿Qué os parece, como habeis vencido á esto Fraile embustero? refos; y los Indios con las armas en las manos las lebantaban dando una grande algazara: qué os parece, les decía este mal Cristiano, ó Cristiano perbertido, cómo habeis muerto á estos Españoles que lo defendían? Decidle que si es Santo que los resucite. O impío Maquiano! O por mejor decir, perverso Machiabeliano pues estas tus sacrílegas palabras tienen semejanza á las que el mal ladrón dijo á Cristo N. Señor en la Cruz: Si eres Dios, salvate y salvanos.

Que paciencia cristiana alimentada con la Católica Doctrina de la Religión de mi Padre San Francisco, que se halló en el Paraguay cuando sucedieron estas cosas, se puede reportar á no decir las con el sentimiento Cristiano que debe! No hablo á obscuras, ni me encubro de Tribunales, ni de Inquisiciones, con quien esta gente artíficisamente atemoriza á los que abominan sus maldades tan escandalosas y notorias, que no soy solo yo el que las escribe, y refiere, ni soy tan bárbaro ni desalmado, que me atreviera á decir tales cosas, si no las hubiera visto, y la conciencia y ley de Dios, porque se repara su Iglesia, me obliga á decir las; y de jo de decir otras muchas, porque otros las han dicho; y son tantas, y tan escandalosas las que estos Religiosos han obrado, que cada uno de por sí no las puede decir todas, y lo que dejan de decir y escribir unos, dicen y escriben otros.

*Testimonio del franciscano
P. Fr. Gaspar de Arteaga,
t. II, p. 54.*

Tú no duermes sola,
mientes como hay Dios;
que en tu casa vive siempre un reverendo
y aun á veces dos.

Entierro civil

Con una concurrencia enorme se celebró el día 7 en Medina del Campo el del prestigioso republicano y librepensador D. Francisco Lorenzo Lorenzo.

El acto fué una importantísima manifestación de duelo, que presidieron los hermanos del finado, concurriendo una comisión del Ayuntamiento, el partido republicano y socialista en pleno, todo el comercio y la Banda municipal tocando himnos fúnebres, unas 3.000 personas en total, entre ellas cerca 1.000

señoras, cosa nunca vista en los entierros católicos.

Una vez llegada la comitiva al cementerio civil, el correligionario D. Juan López dió las gracias á los concurrentes en nombre de la familia del finado, estimulando á todos á repetir estos actos, á fin de evitar que predominen sobre la razón y la verdad la falsedad é hipocresía de la Iglesia.

Descanse en paz el hombre honrado y laborioso que supo y tuvo fuerza de voluntad para morir como siempre pensó.

PALOMAR



La mano de Dios

Casi al final de la calle de Embajadores, en un despoblado conocido por la «Corrala», una familia misera expone á la vida sus amarguras y tristezas, cobijada en las noches eternas y días infinitos de este invierno bajo el techo inhumano de un chozo fabricado de harapos y jirones.

Esa pobre familia mirará en las horas aterradoras de sus miserias y quebrantos al cielo, esperando que el Dios compasivo tenga un punto de lástima para aquellos corazones abandonados de la piedad humana.

Pero los días se deslizan lentos y crueles, sin que ese Dios que todo lo hizo se acuerde de ellos; sin que el Dios Sumo, que es todo bondad, lleve un poco de pan á aquellas bocas famélicas; sin que las carnes se vean cubiertas por ropas que, á su contacto, hagan circular la sangre por sus cuerpos entumecidos; sin que sobre sus cabezas vean un techo clemente que les libre de aires helados, de lluvias...

Y aquellas bocas, hechas para bendecir, sólo modularán maldiciones contra el Supremo Hacedor, contra los hombres, contra lo creado.

Y sus cuerpos no tendrán reposo, ni sus estómagos harturas, ni sus almas alegrías.

Sobre sus rostros enjutos y demacrados se deslizarán las lágrimas que arrancuen el hambre y el frío...

Yo he visto pasar ante aquel cuadro triste los ministros del Dios inmenso, y como su excelso Padre, ellos también han cerrado sus ojos y su corazón al dolor verdadero.

¿Qué les queda á aquellos seres abandonados por Dios? ¿A quién vuelven sus ojos, de quién solicitan la limosna bienhechora, si el Creador del cielo y la tierra parece complacerse en su infortunio y sus dolores, y los deja sufrir hambres y miserias, y ve sus lágrimas y no las enjuga, y oye sus ruegos y no los atiende?...

¡Pobrecitos los humildes, los pequeños, los que no vivieron en palacios, ni tuvieron quién los sirviera, ni gozaron alegrías!... ¡Pobrecitos los que cayeron tan abajo, que ni aun en el trabajo rendidor pueden hallar el pan de su misero sustento!...

Ved, ved por todo Madrid esos tristes seres, solos con su dolor, navegando en este mundano mar, á donde no llega la mano protectora del Hacedor, sino para los infames, los canallas y los ruines...

En la calle de los Estudios, una niña pequeña, sin piernas, sentada al frío en la acera, pregona miseros calendarios que nadi le compra; su vocecilla rie nublada á veces gimiendo; por toda la villa pasean miserias descarnadas, como seres malditos, parias de la vida, cuyo único pecado es haber nacido de padres paupérrimos...

Y Dios en tanto es bendecido en iglesias y conventos, donde reina la hartura y el esplendor, y donde el egoísmo pregona la paz, la caridad, el bien...

¡Pobrecitos los humildes!... Vayamos á ellos nosotros, los hombres anatematizados por la Iglesia, pero que aún sentimos piedad por nuestros semejantes...

Y ellos, los que creen en un Dios bueno, que resulta harto cruel ya que así se olvida de los que sufren, sigan bendiciendo su nombre.

Una oración á aquél es más meritoria que una limosna al necesitado; un nuevo templo es más edificante que un hogar para el que sólo tiene por dosel el cielo inhumano...

P. MARTÍN

Compañera mía,
por mucho quererte
jasta entro en la ilesia, y eso que le temo
aun más que á la p-ste.

El agua milagrosa

Llegué á casa jadeante, sudoroso, lívido, desencajado.

—¡Ay, doña Aquilina!—dije á la patrona.—¡Qué venga un médico en seguida! Me siento malo, muy malo. Si por la hora que es exige dobles ó triples honorarios, diga usted á la muchacha que no repare en nada; ¡que venga el médico, que venga!

—Pero ¿qué es eso?

—Que siento un terrible dolor de cabeza, que me ofende la luz más tenue, que parece que las piernas se niegan á sostenerme... Creo que se me ha indigestado la cena con que ha obsequiado Manuel á sus amigos con motivo de su santo.

—Acuéstese usted y déjese de llamar al médico. Dentro de un rato le llevaré una medicina eficaz, un vaso de... Vamos, no se lo digo. Es usted tan burlón y tan incrédulo... Acuéstese usted, irá dentro de un momento.

Por dos segundos no llegó á sorprenderme en ropas ligeras doña Aquilina cuando entró en mi alcoba con el ofrecido medicamento.

Verdad es que no se hubiese asnta-

do gran cosa. Había sido ama de cura catorce años y llevaba otros tantos de pupilera.

Se acercó á mi cabecera, y presentándose un vaso de no sé qué líquido, se sentó en la silla más inmediata y me encajó el siguiente discurso:

—Hijo mío (doña Aquilina era madre nominal de todos los huéspedes), es preciso que antes de beber esto apele usted á su amortiguada fe. Porque á usted le habrán educado sus padres en el santo temor de Dios. ¿Verdad, hijo?

—Sí, señora; pero...

—Nada tienen que ver las calaveradas de la juventud, porque yo también en mis tiempos...

—Bueno, doña Aquilina; abrevie usted, si puede, porque me duele mucho la cabeza y el reflejo de la luz del pasillo me molesta bastante.

—Pues bien; esta es agua de la gruta de Lourdes, de ese milagroso manantial que la Purísima Concepción se dignó señalar á la humilde Bernardita Soubirons. Quiso hacer esta revelación á ella y no á otra persona, porque era una niña inocente, casta, virtuosa, de catorce años...

—¿Quién la pillara!—interrumpí.

—¿El qué?

—Nada; la ocasión de conferenciar personalmente con María Santísima; pero procure usted ser breve.

—A eso voy, hijo mío; á eso voy. Estos remedios sobrenaturales requieren de parte del que los ha de usar mucha devoción, fe sincera...

—Bien, conformes; ¿se necesita algo más?

—Nada: que lo tome usted en la firme creencia de que se verá curado, y rece tres salves á tan augusta Señora, rogando por la libertad del Sumo Pontífice, la extirpación de las herejías y el advenimiento al trono de San Fernando de un príncipe verdaderamente cristiano.

—Bueno, bueno; haré todo eso. Venga el vaso.

Y después de beberme el contenido me volví del otro lado dando las buenas noches á doña Aquilina, que se retiró, no sin antes repetirme diez veces lo menos que no echase en olvido los rezos que había dicho.

Y ahora, ríanse ustedes todo cuanto gusten; pero el piadoso medicamento surtió su efecto; tres ó cuatro veces me vi precisado á levantarme de la cama.

Cuando al amanecer del día siguiente entró en mi cuarto la patrona, la indisposición había desaparecido, á pesar de que sólo me había medicinado á medias, tomando el agua y suprimiendo los rezos.

—Ahora—me dijo la pupilera—es preciso que dé usted gracias á la Santísima Virgen, y reconociendo la eficacia del milagro se prepare á un sincero arrepentimiento de sus culpas, postrándose á los pies de un confesor.

¿Querrán creer mis lectores que estuvo en un tris el que siguiese los consejos de doña Aquilina? La virtud del agua era incontrovertible. Merced á ella me encontraba restablecido; pero...

El demonio, que muestra especial empeño en detener á los pecadores en la vía del arrepentimiento, hizo que en aquel instante se despertase mi compulso del cuarto inmediato y empezase á gritar á grandes voces:

—¡Doña Aquilina! ¡doña Aquilina! ¡el agua!

—Voy corriendo—respondió ella, dejándome sólo.

Al cabo de algunos minutos volvió, y entrando en la habitación contigua, oí que le decía á mi compañero:

—¡Ay! usted dispense, don Jerónimo. Anoche vino indispuesto este joven de al lado, y como la alacena estaba á oscuras, creyendo darle el agua de Lourdes, le he dado el cortadillo de la de Loeches que contenía la botella inmediata.

Y he aquí por qué se frustraron mis fervientes deseos de conversión, y he aquí por qué Satanás tendrá un subdito más en sus dominios.

Por la torpeza de una patrona, que no distingue el agua de Lourdes de la de Loeches.

J. G.



CONTRA EL DUELO

Dice *Le Temps*, comentando una proposición de ley presentada en la Cámara francesa para que sea castigado el duelo:

«¿Por qué el duelo subsiste? La principal, si no la única explicación, es que se tiene miedo de aparecer como que se tiene miedo.

Un muchacho que haya trabajado toda su vida doce horas al día para instruirse, hacerse una posición y sostener á su familia, no creará poder sustraerse de ir al terreno al primer requerimiento de cualquier espadachín, porque temerá, más que ninguna otra cosa en el mundo, pasar por un cobarde, ¡deplorable desviación de un sentimiento en sí mismo noble y generoso!

La cobardía es vil, y un hombre de corazón debe saber arriesgar su vida; pero por causas verdaderamente importantes: por la Patria, por la Ciencia, por salvar otras vidas humanas. Correr ese riesgo sin utilidad alguna, no es valentía; es locura. Pero ese es uno de los prejuicios del que no se triunfará por la persuasión. Es necesario una ley.

Algunos pretenden que las leyes son impotentes en esas materias y que todo depende de las costumbres. ¡Error absolutamente desmentido por los hechos! El duelo era tan frecuente antes en Inglaterra como en Francia. Y por medio de una ley lo han abolido radicalmente los ingleses. Y ese ejemplo demuestra que se le podrá abolir en un país cualquiera, siempre que se quiera.

Para que sea eficaz, una ley contra el duelo debe reunir dos condiciones: debe ser draconiana y aplicarse. Si se establece una sanción simplemente gubernativa ó un proceso teatral con sentencia absolutoria asegurada por anticipado, los duelistas no se preocupan de ello.

En Inglaterra el que mata á un hombre en duelo es ahorcado, y el solo hecho de designar padrinos vale al autor de este delito y á los padrinos, sus cómplices, varios años de cárcel con *hard*

labour. Mejor dicho, *valia*, porque nadie se expone desde hace mucho tiempo á rigores tan grandes.

El día en que el Parlamento francés quiera extirpar el duelo, no tendrá que hacer más que votar sanciones análogas. Para ser justo, deberá completar su obra con otra reforma, también inspirada en la legislación inglesa.

Actualmente, en Francia pueden presentarse casos en que un hombre honrado, ultrajado y difamado, se resuelva á enviar padrinos porque no tiene otros medios para defender su honor. En Inglaterra ese hombre honrado persigue á su agresor ante los Tribunales, y consigue una condena y una indemnización enorme, que hacen el insulto y la calumnia absolutamente ruinosos y protegen á los ciudadanos contra los excesos intolerables. Así el duelo no tiene allí ningún motivo, ni siquiera ningún pretexto.

¡FATALIDAD!

Un joven, huérfano, de aspecto interesante, es enviado á París con muy expresivas recomendaciones para un rico banquero. Recíbelo éste con los brazos abiertos—véase cómo caemos en lo inverosímil—é inmediatamente le ofrece un puesto en sus oficinas.

En lo más animado de la conversación, un empleado entra á llamar al banquero.

—Soy con usted en seguida, dice éste á su protegido. Y sale, dejándolo solo en su gabinete.

Mirando maquinalmente en torno suyo, el joven ve sobre una mesa, al alcance de su mano, dos rollos de billetes de Banco, apenas escondidos bajo un sujetapapeles. Sobre cada uno de los rollos, una ficha sujeta por un alfiler contiene estas mágicas palabras: ¡Cien mil francos!

El joven sufre un desvanecimiento. Una idea loca cruza por su imaginación.—No se dirá que durante un minuto de mi vida al menos no he tenido la alegría de llevar doscientos mil francos sobre mí.

Y se apodera febrilmente de los billetes. En el momento en que los había desaparecido en el bolsillo de su paletot, volvió á entrar el banquero.

—Y bien, mi joven amigo—díjole;—estamos de acuerdo. Desde mañana formaréis parte de mis empleados. Debutaréis con 1 500 francos, pero no permaneceréis siempre en esta categoría; os lo prometo.

El joven siente erizársele los cabellos y se le figura que los billetes le abrasan el pecho. Mas ¿qué hacer? ¿Los colocará de nuevo bajo el sujetapapeles?.. Su protector lo advertiría. ¿Confesará su niñería?... Probablemente agradecería poco la broma al banquero y no se tomaría interés por un empleado tan atolondrado. ¿Qué hacer?

Una señal del banquero le indica que la entrevista ha terminado. El desgraciado se levanta, balbucea las gracias y se va... con los doscientos mil francos.

Inmediatamente siente deseos de arrojarlos al río, después de cortarse el cuello, más tarde de irse á Bélgica.

Tras una hora de angustia y de remordimientos, se decide á concluir por

donde debía haber comenzado. Vuelve á su casa, hace un paquete con los doscientos mil francos, poniéndole la dirección de Mr. X., banquero, calle Z., y le agrega una carta, escrita con su mejor letra, en la que confiesa su locura y demanda el perdón. Después desciende de nuevo con paso apresurado como un ladrón, no atreviéndose á mirar á ninguna parte, y entrega el paquete al primer demandado que ve.

Apenas había vuelto á subir á su bohardilla, cuando llaman fuertemente á la puerta. Su corazón deja de latir; sin duda el banquero lo sabe todo y viene á que le prendan.

Abre la puerta... El demandadero á quien había entregado el paquete está delante de él, sonriente, burlón... El joven vuelve á cerrar.

—¿Tienes remordimientos?—dice el demandadero.—¿Eres un cobarde? ¿Das el golpe y luego tienes miedo?... Yo no soy como tú. He podido guárdarmelo todo, pero no he querido, y me he dicho: partiremos los dos. Toma tú un paquete; yo guardo el otro. Y alarga uno de los rollos de billetes al joven.

El desgraciado permanece aturdido; no se atreve, no quiere comprender... Se siente vencido por la fatalidad. De pronto se da cuenta de su situación.

—Miserable—exclama,—no harás eso. Ese dinero no es para ti. Lo quiero; dámelo. Y agarra al demandadero por la garganta.

—¿Qué? ¡qué!—responde el robusto auverniano, á la vez que de un puñetazo se desembaraza de joven;—no seas malo, ó me lo llevo todo.

—¡Sí ó no! ¿Quieres devolverme esos billetes, infame ladrón?

—Ciertamente que no.

Desatinado, loco de furor y desesperación, el joven coge un cuchillo de encima de la chimenea y hiere al azar... El auverniano cae muerto.

Cuando los agentes de policía, puestos sobre la pista por el banquero, que había advertido la desaparición de los 200 000 francos, llegan á la bohardilla, encuentran al desgraciado entre el cadáver y los billetes.

El joven es reducido á prisión, juzgado y condenado á muerte como culpable de robo y de asesinato en la persona del demandadero, su cómplice.....

Esta historia es auténtica. El joven fué castigado por la justicia de los hombres. ¡Y la justicia *debe* condenarlo!

¿Qué de tragedias ignoras, de las cuales nadie posee el secreto!

X.

Subí á la muraya
y me dió el viento:
«En tu vida tendrás ni c misa
si andas en re clérigos.»

Cura modelo

Están como quieren en Serrejon.

El diputado á Cortes, un tal Rosado, que dice que es liberal, ha hecho caci que del pueblo á un ta Izquiedo, de oficio *parroquidermo*, y alcalde al papa de otro curiana.

El de las faldas, para demostrar sin duda su agradecimiento, ataca á Canale-

jas desde el púlpito, á los vecinos y á todo b cho viviente.

En la misa del gallo última armó una escandalaria terrible en la iglesia, desafiando á los concurrentes, y diciendo que al salir se las entendería con ellos, porque él tenía también dos... (diemos riñones).

Claro que todo esto quedó en dicho, porque al acabar la faena mística se hizo acompañar á su casa por unos cuantos burros de reata, de esos que van siempre detrás de los curas, y que le ayudan á explotar á los pobres mermándoles el jornal y que arruinan con la usura al que a go tiene.

Porque ya es sabido: el que llegue á un pueblo cualquiera y desea saber quiénes son los que se lo comen, no tiene más que fijarse en los tipos que rodean al cura.

Siga, siga el camino que lleva el cura de Serrejon, y yo lo apaudiré; que curas como él son los que convienen para acabar de reventar la religión de nuestros mayores (q. e. p. d.)



Para abaratar la carne

Despachos de St. nislau (Austria) dan cuenta de un suceso que ha ll vado el terror á los comerciantes de la ciudad y toda su comarca.

Desde hace tiempo, los socialistas, muy numerosos en Stanislaw, venían celebrando mitins contra los comerciantes en artículos de primera necesidad.

Acusaban á éstos de subir los precios sin motivo, y les amenazaban, si proseguían obrando así, con represalias violentas.

Especialmente los carniceros excitaban su cólera; habían encarecido la carne en diversas ocasiones, y las clases pobres tuvieron que renunciar á ella.

Días pasados, los socialistas celebraron otro mitin.

Un orador leyó varias estadísticas, según las cuales los carniceros de Stanislaw no tenían razón para elevar los precios, y acordóse hacerles una última intimación y castigarlos cruelmente si no obedecían.

Después, á gunos conspicuos se reunieron en junta y envían á los carniceros la siguiente circular:

«De las estadísticas que obran en nuestro poder resulta que no es la necesidad, sino la codicia la que les ha hecho subir los precios de la carne.

Les damos dos días de pazo para que la vendan ésta con arreglo á las cotizaciones de hace dos meses.

Si pasados cuarenta y ocho horas persisten en su inconcebible actitud, sufrirán las consecuencias.»

Los carniceros se reunieron bajo la

presidencia del más rico de ellos, apellidado Moczko, que llamó cobardes á los que querían ceder, logrando al fin que todos convinieran en seguir vendiendo la carne al mismo precio.

En la mañana del jueves último, Moczko, acompañado de dos dependientes, abrió su establecimiento como de costumbre. Este tiene dos puertas y una ventana baja.

Un dependiente vió sobre el alfeizar de la vent na un objeto extraño de aspecto sospechoso, y llamó á su amo, quien lo cogió y lo puso sobre el mostrador; era una especie de tubo terminado en un apéndice de forma rara.

Empezó á darle vueltas, y no pudiendo dominar su curiosidad, tiró del apéndice con fue za.

Una explosión formidable destruyó casi por completo la carnicería, siendo los dos dependientes arrojados sobre la pared con fuerza irresistible. El carnicero fué materialmente deshecho por el explosivo.

La tienda quedó destrozada.

Los demás carniceros de la población, en cuanto supieron el trágico fin de su colega, se apresuraron á bajar los precios de la carne.

Han sido presos algunos socialistas. Convengamos en que el procedimiento es fuertecillo y eficaz, pero no nuevo.

En tiempos de la revolución francesa, los panaderos, influidos por el partido de la Corte, se negaron á fabricar pan.

Murat aconsejó al Pueblo en su periódico que cogieran á unos cuantos; el Pueblo lo hizo, y efectivamente, desde el día siguiente subió pan, á pesar de haber disminuido su número.

Nada hay nuevo bajo el sol.

Porque yo me naje
no sientas ni yores;
los feligreses me buscan er burlo
y yamo á talones.

LIBRO NUEVO

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBR S Y ODICRÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTÍN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

IMPRENTA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 81